TEATRO
[M]ODERNO





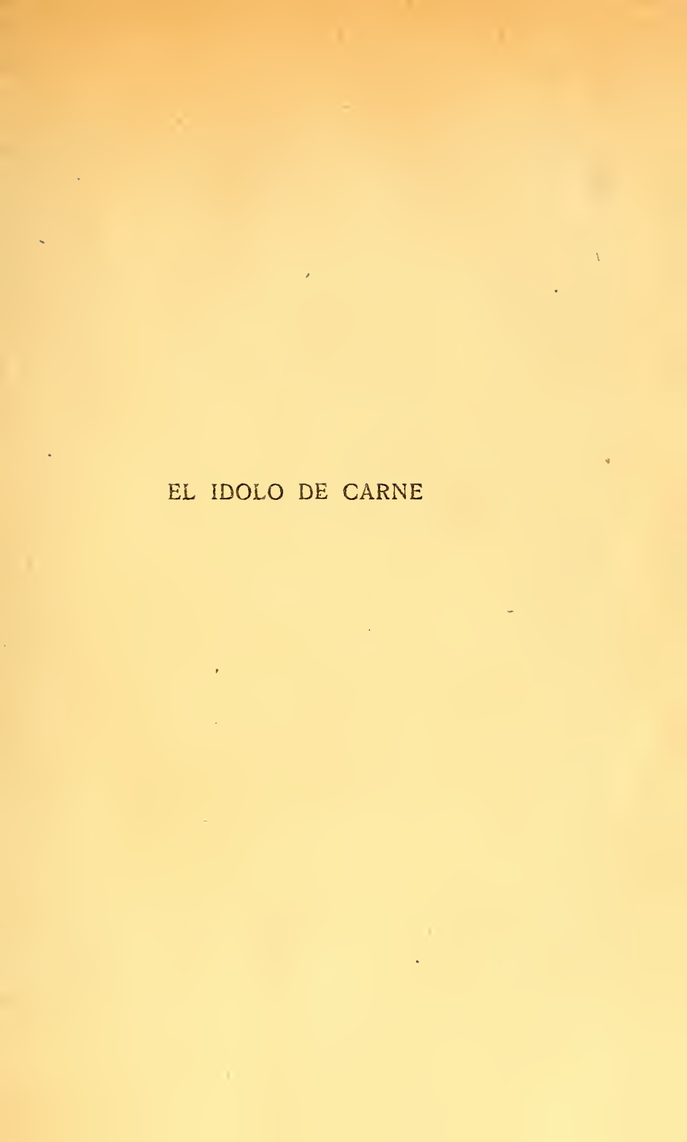

50 CTS

14

L. GIRALT y L. CAPDEVILA

# [E]L ÍDOLO DE CARNE

Gago XXXII



# EL IDOLO DE CARNE




AÑO VIII 5 - III - 1932 NÚM. 337

## PERSONAJES

*Julia Valcárcel,* veinticinco años ; *Amelia Ardavín,* treinta y dos ; *Carmina,* treinta ; *Eugenio Moral,* cuarenta y dos ; *Pablo Ardavín,* cincuenta y cinco ; *Martín Sagredo,* veintiocho ; *Antonio de Bielsa,* cincuenta ; *Fernando de Bielsa,* diecinueve ; *Una doncella,* veintidós.

En Madrid, en Barcelona, en una gran ciudad cualquiera, hoy.

# ACTO PRIMERO

Un rincón íntimo del taller del escultor Eugenio Moral. En este rincón, sobriamente elegante, se refugia el glorioso artista en sus horas de tedio, de soledad, de tristeza.

De una barra de bronce, que dibuja una curva, truncada por un ángulo a derecha e izquierda, colocada a unos dos metros de altura, penden unas cortinas de terciopelo color musgo. Estas cortinas se abren en el fondo, en el centro de la curva, y en los lados rectos, en aberturas sabiamente disimuladas por los elegantes pliegues.

A los lados, en los muros revestidos por altos zócalos de terciopelo, igual al de las cortinas, dos puertas de madera esculpida. La de la derecha se abre a las habitaciones interiores de la casa; la de la izquierda, a un pasillo que conduce a la escalera particular.

A la derecha, en el rincón y al lado de la puerta, hay un bargueño. Sobre el bargueño, y en una sajonia, unas rosas negras. En el rincón de la izquierda, un diván muelle y profundo como un lecho, con algunos almohadones de sedas policromas. Al lado del diván, en el ángulo, como un penate protector, una estatuilla de Antinóo tallada en jaspe. En el ángulo de la izquierda, y sobre un pie de madera esculpida, una lámpara con pantalla de seda malva.

Tras las cortinas, los anchos ventanales, las blancas paredes del taller. En éste, visibles al abrirse las cortinas, una tarima, un caballete, una estatua sin terminar y una estufa.

Son las cinco de la tarde de un día último de otoño. En el taller hay la dorada claridad del día que va a morir. En la camareta, una amable penumbra.

*(Después de un momento, y por la puerta de la derecha, aparece Amelia Ardavín. Amelia Ardavín es la esposa de Eugenio Moral. Es una mujer menuda, pálida, de aspecto enfermizo, con grandes ojos negros, llenos de tristeza. Emana de ella una bondad inefable y una gran simpatía. Peina el cabello, negro, anudándolo en un rodete sobre la nuca. Viste un traje claro, sencillo y elegante, de casa. Duda un instante y avanza, trémula, sobre las puntas de los pies, sigilosa, llena de susto, hacia el fondo. Se detiene anhelante, conteniendo los latidos del corazón con la mano, y escucha. Se oye la risa fría, metálica, de Julia y la voz de Eugenio Moral llena de indulgencia: «¡Eres una*

*mala mujer, Julia; lo que se dice una mala mujer!»* *Y nuevamente la risa de Julia.)*

AMELIA *(Muy pálida.)* ¡Dios mío! *(Ha suspirado las dos palabras imploradoras con la voz llena de lágrimas, y se abandona en el sofá escondiendo el rostro marchito entre las manos. Un momento, tras el que vuelve a triunfar en el taller la cínica, clara, magnífica risa de Julia. Apaga esa risa un nuevo suspiro de la dolorosa.)* ¡Dios mío! *(El bolso de azabaches de Julia Valcárcel, abandonado sobre el tablero de la mesita, excita la curiosidad de la pobre mujer. Alcanza el bolso. Lo abre; se queda dudando unos momentos con el bolso en la mano. Después lo deja donde antes. Pero, al retirarse, se apercibe de un billete caído del bolso. Lo recoge, lo lee, casi involuntariamente. En sus labios pálidos hay una contracción dolorosa. Entra Carmina; elegante, sonriente, treinta años. Amelia Ardavín no la oyó llegar. Así es que se estremece apocadamente, encogiéndose como un chiquillo temeroso del castigo, cuando Carmina la toca, cariñosa, en el hombro, para avisarla su llegada.)*

AMELIA ¡Ay!... ¡Eres tú!

CARM. ¿Te asusté? ¡Pobrecilla mía! ¡Claro; estabas aquí tan abstraída, tan lejos de este mundo! Encontré todas las puertas de tu casa abiertas; nadie a recibirme. Y me he colado hasta aquí. ¡Si parece la casa de los duendes!... ¿De veras te asustaste? *(Carmina habla alocadamente, de la misma manera que gorjean los pájaros de las primeras horas mañaneras. Se mueve, se ríe por nada. Es la mujer que de la vida supo rechazar todo lo feo, todo lo triste, todo lo grave, todo lo desagradable. Besa a Amelia ruidosamente, con muchos dengues y monerías. Amelia, inerte, fría, entre los brazos de su amiga, murmura:)*

AMELIA ¡La casa de los duendes! *(Carmina, sin soltarla, se aparta un poco, la mira a los ojos y exclama, extrañadísima, en el colmo del asombro:)*

CARM. ¡Pero, chiquilla! ¡Tú estabas llorando!

AMELIA *(Asustada, volviéndose a mirar al taller, con mie-*

*do de que su marido pueda oírlas.)* ¡ Chist !... ¡ Calla !... ¡ No, no lloraba ! ¿A santo de qué iba a llorar?

CARM. *(Que observó el movimiento de Amelia y su angustia.)* ¿Está aquí tu marido? *(En este momento, como respondiendo a la interrogación de Carmina, se oye en el interior del taller la voz fuerte y poderosa de Eugenio Moral.)* ¿Te llama? *(A las palabras de Moral ha respondido en el taller la risa fría, aguda, de Julia Valcárcel.)*

AMELIA *(Estallando, retorciéndose las manos, con los ojos llenos de lágrimas, con la voz tempestuosa, ora ronca y opaca, ora metálica y brillante.)* ¡ No ; es a ella a quien llama ! ¡ Siempre a ella !

CARM. ¿A Julia, su modelo?

AMELIA No es su modelo ; es su vida, lo es todo para él. ¡ Ha hecho de él un desdichado !

CARM. *(Más asustada que compasiva.)* ¡ Amelia, por Dios !

AMELIA Hoy, Eugenio Moral, el artista glorioso, es el juguete de esa mujerzuela.

CARM. ¡ Figuraciones tuyas !

AMELIA No, no lo creas. Nadie mejor que yo conoce a él y a ella. Ella es una mujer de instintos aviesos y crueles. A mí me da miedo. ¡ La veo tan fuerte, tan segura de su poder !

CARM. Pero de mujer a mujer...

AMELIA *(Siguiendo el curso de su pensamiento atormentado.)* El, con su robusta complexión de Hércules, es un chiquillo, una criatura. Eugenio siempre ha sido..., ¿cómo te diría yo?..., un poco hijo mío. ¡ El hijo que yo esperaba que me diera, para consolar mis horas de tristeza y de abandono, y que no ha venido !

CARM. ¡ Pobre Amelia ! *(Así que ha pronunciado las dos palabras consoladoras, que apenan más aún a la pobre mujer, añade con tono frívolo y ligero :)* ¡ Pero quién sabe !... Acaso todo sean fantasías tuyas... Los artistas son así, mujer : un poco raros... ¿No estarás celosa?

AMELIA ¡ No ! ¡ No son celos lo que siento ! *(Exaltándose dolorosamente con sus palabras.)* Podría sen-

tirlos, porque son el alma y la carne y los nervios los que se rebelan a la idea de que otra mujer pueda robarnos el cariño del hombre al que dimos lo mejor de nuestra vida... *(Se crispan sus manos sobre el pecho, se aprieta las sienes, estruja el pañuelo que recogió sus lágrimas.)* ¿Celos?... ¡No, no!... ¡He pasado ya por ellos!... *(Con hondo dolor, alzando los ojos llenos de lágrimas.)* ¡Es la pasión de Eugenio por esa mujer la que me da miedo!

CARM. ¡Calla! Van a oírte.

AMELIA ¡No! Hace ya mucho que Eugenio no me oye... *(Transición.)* No sé si me creerás; pero te aseguro que en la maldad de esa mujer reside toda mi fortaleza, mi valor de mujer herida en lo más íntimo y en lo más querido.

CARM. *(Curiosa.)* ¿Y ella le quiere?

AMELIA Ella no quiere a nadie; no tiene corazón. Lee esto. *(Sacando del bolso de Julia el billete que leyó antes, y dándoselo a leer a Carmina.)* Un hombre, que no es Eugenio, la cita para dentro de unas horas. La cita en la terraza de un café, junto al arroyo, de donde no debiera haber salido.

CARM. ¡Cuánto habrás sufrido!

AMELIA Ni una queja asomó jamás a mis labios. El silencio, que es una tortura, es, al fin, un consuelo. He devorado mis penas, mis lágrimas, mis protestas, y así acabé por sentirme como amparada y fortalecida por mi silencio, por mi soledad.

CARM. ¡Pobrecilla mía!

AMELIA *(Con la voz como un suspiro, bajando la cabeza sobre el pecho, avergonzada de sus palabras.)* ¡Si te dijera que este perfume..., (Alzando, temblorosa, el bolso de Julia Valcárcel.)* este odioso perfume, he llegado a conocerlo besando a mi marido!... *(Un sollozo no la deja terminar.)*

CARM. *(Muy alarmada.)* ¡Por Dios, Amelia, que te pueden oír!

AMELIA *(Levantándose rápida, súbitamente temerosa.)* Sí; tienes razón. Vámonos, vámonos...

CARM. *(Levantándose también, abrazándola consoladora,*

*besándola en la cara.)* ¡ Pobrecilla mía ! ¡ Esto pasará ! Muy pronto volverás a ser feliz.

AMELIA No. Hoy ya no sabría serlo. Un instante de alegría me da en el pecho como una sensación de ahogo... Hoy, la felicidad me mataría, Carmina...

CARM. *(Algo conmovida.)* ¡ Bah ! ¡ Mujer !... No exageres... *(La coge del brazo y se la lleva por la puerta de la derecha, casi al mismo tiempo que se separan las cortinas del fondo y aparece Julia Valcárcel. Se la adivina desnuda bajo un albornoz níveo que la cubre de los pies a la cabeza. Es una mujer magnífica, un poco matrona, como conviene a su hermética condición de estatua carnal. Hay en su boca y en sus ojos una cálida sensualidad dominadora y maléfica. A la poderosa y autoritaria voz de Eugenio Moral, se detiene en el centro de la camareta.)*

EUGE. ¡ Julia ! ¡ No seas terca !... ¡ Es cuestión de un momento !

JULIA *(Ya separando la cortina del tocador de los modelos, a la izquierda.)* ¡ Quita, hombre, quita !

EUGE. ¡ Julia !...

JULIA *(Desapareciendo tras la cortina.)* ¡ Que no, Eugenio, que no ! ¡ No seas pesado ! *(Entra por el fondo Martín Sagredo, el discípulo predilecto. Viste un blusón manchado de barro y se seca las manos con una toalla, roja de barro también.)*

MART. Que no, maestro ; le entraron las prisas de cada tarde.

EUGE. *(Entrando, en mangas de camisa.)* ¡ Qué le vamos a hacer ! ¡ Si está por domesticar !... Seguiremos mañana, a primera hora, a no ser que la señorita se empeñe en no dejar la cama hasta la tarde. *(Levantando la voz.)* ¿ Has oído, Julia ?

JULIA *(Desde el interior.)* ¡ No !

EUGE. Pues que te necesito aquí temprano, ¿ comprendes ?

JULIA ¡ No !

EUGE. ¡ Pues va a ser que sí ! Mañana tengo que trabajar sin falta en la cabeza.

JULIA *(Riendo.)* Di que tu modelo no tiene cabeza.

MART. ¡ Y no será mucho exagerar !

EUGE. *(Se vuelve rápido hacia el tocador. Va a responder alguna brutalidad. Después se encoge de hombros, irritado y despectivo.)* ¡ Estúpida ! *(Martín, que desapareció un momento por el fondo, vuelve a entrar ahora, ya vestido de calle, aunque sin sombrero.)*

MART. ¿Manda usted algo, maestro?

EUGE. *(Distraído, paseando de un lado a otro.)* Nada... *(Deteniéndose de pronto ante Martín.)* Es decir, sí ; que te pases por casa de Isidoro a decirle que mañana me manda el mármol o no se presenta más aquí. Si quieres y puedes volver a decirme lo que haya, yo estaré en casa todavía.

MART. Hasta luego, maestro. *(Vase por la puerta de la izquierda. Eugenio Moral se ha quedado solo. Enciende un cigarrillo. A la dorada claridad de la tarde otoñal ha sucedido una roja llamarada que incendia los cristales del fondo. Eugenio se dirige al tocador, donde se supone está Julia vistiéndose.)*

EUGE. ¿Aun no?

JULIA *(Desde dentro.)* ¡Ya! *(Aparece Julia. Tira el sombrero y los guantes sobre el sofá. Lleva el traje desabrochado en la espalda.)*

JULIA ¿Me quieres abrochar esto? *(A Eugenio, después de un momento de contemplarla extático, en que le dice ella, impaciente:)* ¿Qué te pasa, que pones esa cara de bobo? ¿Quieres o no quieres? *(Va a ella con los ojos deslumbrados; pero herido como un potro bravo por la repulsa, murmura:)*

EUGE. ¡ Fierecilla !

JULIA *(Vuelta de espaldas al hombre glorioso que, inclinado, le abrocha el traje.)* ¿Aun no? *(Golpeando el suelo con el pie.)* ¡ Ay ! ¡ Me pones nerviosa, furiosa !

EUGE. *(Sin dejar su tarea.)* Hija, que yo no soy tu doncella.

JULIA Ya, ya. *(De pronto, y con tono indiferente, como se enteraría del tiempo.)* ¿Y Martín?

EUGE. Salió. *(Se endereza, apartándose de ella.)* ¿Te interesa mucho Martín? *(Se le han escapado estas palabras, y eso le molesta. Tiene el ceño frunci-*

*do, la boca crispada. A pesar suyo, devora a Julia con la mirada, queriendo sorprender en ella la traición que él espera a cada momento.)*

JULIA *(Muy tranquila, poniéndose el sombrero.)* Como todo el mundo.

EUGE. Es que acaso te interese todo el mundo. ¡Tenéis tanto corazón las mujeres!... *(Julia se vuelve, rápida, a él, irguiéndose sobre sí misma como una serpiente, con un gesto fiero, rajado. Después dice, llena de insolencia y desprecio, todopoderosa:)*

JULIA ¡No seas tonto! ¡No me molestes! *(Y vuelve a arreglarse el sombrero, con sus dos agujas como puñales en la boca, sobre la cabeza gentil.)*

EUGE. *(Pálido, avanzando hacia ella.)* Eso no es responder. ¡Responde, responde! *(La coge violentamente por las muñecas.)* ¿Te interesa mucho Martín?

JULIA ¡Suelta! ¡Suéltame, bruto, que me haces daño! ¡Que me haces daño!

EUGE. *(Soltándola y arrancándole el sombrero de una manotada.)* Y quítate el sombrero; tenemos que hablar. *(Como arrepentido de su arrebato, de su brutalidad, dice con la voz más tranquila, casi humilde:)* ¡No tendrás tanta prisa, mujer!... Anda, siéntate; charlaremos. *(Se ha sentado en el diván e intenta atraerla hacia sí.)*

JULIA *(Victoriosa, una chispa de alegría triunfal en los ojos, de pie en medio de la escena.)* Pues te equivocas; sí tengo mucha prisa.

EUGE. *(Procurando calmar su irritación, una mano crispada sobre la rodilla, la otra en el mentón, mirándola fijo a los ojos.)* ¿Quién te espera? *(Ella se encoge de hombros. El se levanta, arqueándose, y, lentamente, se acerca a ella, y con la voz ronca, mordiendo las palabras, prosigue:)* Es que, si alguien te espera, esperará en vano. Tengo que hablar contigo; quiero hablarte; quiero sentirte aquí, conmigo, ¡y primero soy yo que nadie en el mundo! ¡Yo! ¡Yo! ¿Entiendes? *(Ha dicho las últimas palabras más ronco, golpeándose el pecho poderoso, su rostro desencajado pegado al de ella.)*

JULIA *(Resignándose, va a echarse sobre el diván, estrujando los guantes con mal contenida rabia, y murmurando:)* ¡Qué mala sombra tengo! *(Después de un momento, y en alta voz.)* Pero no te alegres mucho de que, al fin, te hayas salido con la tuya. ¡Un día me marcharé y no volverás a verme el pelo!

EUGE. *(Con los brazos cruzados, sonriendo.)* Sí, ¿eh? *(Se acerca y, plantándose delante de la mujer, que está con la cabeza apoyada en las palmas de las manos, iracunda y huraña, dice:)* ¿Sabes lo que pasaría entonces? *(Se sienta a su lado, le separa de las manos la cabeza, que acerca a su pecho, mientras ella se debate y grita: «¡Suelta! ¡Suéltame!», y le dice, con la voz empañada por pena, por los celos, por la ternura:)* ¡Te buscaría, te buscaría y sabría encontrarte, porque nunca podrás esconderte de mí! *(La suelta. Ella, muy pálida, derribada sobre el sofá, de espaldas a Eugenio Moral, esconde la cabeza en uno de los policromos almohadones.)* ¡Y es que te quiero! ¡Si tú supieras, Julia, cómo te quiero! *(Se ha inclinado a ella y ha dejado sobre sus cabellos un beso tímido y fervoroso que ella ha contestado con un respingo.)* ¡Pero tú qué vas a saber!... ¡Mujeres, mujeres! ¡Qué solos nos sentimos los hombres a vuestro lado! *(Hay una pausa. Ella, que no quiere ser vencida de ninguna manera, amparándose en su condición femenina, suspira:)*

JULIA ¡Sí; quéjate encima, laméntate! ¡Hipócrita! No me quieres, no. ¿Cómo es que nadie me ha tratado como tú, di? *(Se vuelve a él, siempre tendida en el sofá, para que sea mayor su seducción.)*

EUGE. *(Violento, apasionado.)* ¡Porque nadie te ha querido como yo! ¡Tú qué sabías del amor antes de tropezar conmigo, ni qué sabía yo! *(Otra pausa. Hay en el estudio una misteriosa penumbra violácea que hace más pálidos los mármoles y los actores.)*

JULIA *(Siempre con voz quejumbrosa.)* ¡Sí; palabras no te faltan! Abusas de mí, como todos, porque soy débil, porque soy mujer.

EUGE. (*Amargamente.* ¡ Ah, canalla ; cómo mientes ! ¡ Débil ! ¡ La infeliz criatura ! ¡ Débil, y de un zarpazo te ha destrozado para siempre ! No eres débil, no. Das miedo, ¿entiendes? Das miedo, porque nada podemos los hombres contra ti, y tú, en cambio, lo puedes todo, todo, todo. (*Con desesperación. Julia, extrañada, sorprendida, levanta la cabeza. Una corta pausa.*)

JULIA Tú sí me das miedo, Eugenio, a veces, porque no sé..., no te comprendo...

EUGE. ¡ No me comprendas ! ¿Para qué? Pero quiéreme, quiéreme, porque lo necesito, porque no puedo vivir sin tu cariño o sin la sombra de tu cariño.

JULIA (*Llena de seducción, de mimosería, abrazándole al verle vencido.*) ¡ Pero si yo te quiero ! ¡ Si eres tú el malo, el que me hace sufrir ! Si yo te quiero mucho, mucho... (*Se ha sentado sobre sus rodillas y alisa los cabellos del mártir con un gesto suave.*)

EUGE. (*Sonriendo, ganado por el hechizo de la mujer.*) Entonces, esta noche... (*Con brusca transición.*) Entonces, ¿quién te esperaba, que llevabas tanta prisa?

JULIA Nadie, tonto. (*Sonríe cruelmente, burlando el rostro a los ojos del enamorado.*)

EUGE. Y esta noche, ¿saldremos, cenaremos juntos?

JULIA ¡ Sí ; como quieras ; lo que tú quieras !

EUGE. ¿Me aguardarás en el café?

JULIA (*Levantándose, contenta de haber terminado la escena tan fácilmente.*) ¡ Eso ! Dentro de una hora. (*Mientras se coloca el sombrero y se abrocha los guantes, dice con suave ironía, volviéndose a él:*) ¡ Pero tú faltas a tus deberes, Eugenio ! ¡ Tu mujer va a sospechar y me perseguirá con su odio !

EUGE. Amelia no sospecha nada, ni puede odiar a nadie. Ella es buena. Además, ¿qué es eso de mi mujer? ¡ Mi mujer, mi mujer ! Mi mujer eres tú. (*Julia se inclina en una pulida reverencia llena de gracia, aunque no exenta de burla. Se dispone a salir.*) ¿De manera que hasta ahora?

JULIA Hasta ahora. (*Vuelve a aparecer en su boca la*

*cruel sonrisa irónica de antes. Empuja con una mano la puerta de la izquierda y con la otra le manda un beso. Después desaparece.)*

EUGE. *(Alcanzándola de un salto.)* ¡No! ¡Así, no! *(Se adivina el beso y la risa de ella, que se aleja. Después, al reaparecer Moral, enciende su pipa, murmurando:)* ¡Chiquilla! *(Y se sienta en el sofá, sonriendo. Coge el almohadón en que ella ha descansado la cabeza y lo huele ansiosamente. Es ya noche oscura en el taller. De pronto deja el almohadón en su sitio. Aparece Amelia por la puerta de la derecha.)*

AMELIA Eugenio, hijo... *(Se detiene un momento, dudando.)*

EUGE. *(Saliendo a su encuentro y cogiéndole una mano.)* Por aquí, por aquí...

AMELIA No comprendo por qué estás a oscuras... *(Con miedo al posible exabrupto.)* Si tuvieras penas... La oscuridad es buena compañera de ellas.

EUGE. Mira, déjalo. Y no, no tengo penas. *(Después de un momento, en el que enciende la lámpara de pie.)* Y tú, ¿sales?

AMELIA A recoger a papá en su despacho. El luego me volverá a casa. ¿Me dejas?

EUGE. ¿Cómo que si te dejo? ¡Pero tú eres tonta, tonta de remate, mujer!

AMELIA *(Tímidamente.)* Eugenio, yo...

EUGE. ¡Tú, claro, tú! Anda, ve. No hagas esperar a tu padre.

AMELIA *(Después de dudar un momento, más tímida y cariñosa que nunca.)* ¿Y por qué no me acompañas? Vas a salir, ¿no? Yo te dejaré en el casino.

EUGE. Sí, mujer; muy bien. Y no creas que no me sacrifico. Este trabajo último me abruma. Me abruma al extremo de que esta noche debiera quedarme a trabajar.

AMELIA En seguida estoy lista. Con ponerme el sombrero...

EUGE. *(Bondadosamente, acariciándola como a una niña.)* Anda, ve; no tardes... *(Cuando ya ha salido Amelia por la puerta de la derecha, respira ruidosamente.)* ¡Uf! *(Da vuelta al conmutador de la*

*luz eléctrica y se enciende una lámpara situada en el tocador donde antes se ha vestido Julia. Penetra en el tocador canturreando entre dientes. Por la puerta de la derecha aparece una doncella.)*

DONC. *(Desde la puerta, tímidamente.)* Señorito...

EUGE. *(Desde dentro.)* ¿Qué hay?

DONC. Están los señores de Bielsa.

EUGE. ¡No estoy en casa!

DONC. Es que, señorito...

EUGE. *(Reapareciendo con chaleco, en mangas de camisa y anudándose la corbata.)* ¿Qué?... Les habrás dicho que sí estoy, ¿no?...

DONC. Perdone el señorito... Pero como no sabía...

EUGE. *(Irritado.)* ¡Ya! ¡Nunca sabéis nada..., y sabéis demasiado!... ¡Pues diles que no estoy para visitas, que voy a salir; lo que quieras! *(Cuando la doncella inicia un movimiento de retirada, casi tropieza con don Antonio de Bielsa y su hijo Fernando, que entran. Don Antonio de Bielsa es un viejo señor de aire elegante, de aspecto crapuloso. El rostro rasurado, el pelo casi blanco, espejuelos de oro, la boca un poco caída y temblona. Bajo el traje—un chaquet gris—se le adivina fofo e inerte como una marioneta. Tiene esa discreción y esa impertinencia que tan sólo se consiguen después de rodar mucho por el mundo con la cartera repleta de billetes y al atisbo de la aventura. Su hijo Fernando es un mozo de apenas diecinueve años. Tiene un aire equívoco y un poco afeminado. Una constitución enfermiza, delicada. Viste con una elegancia exagerada. Está muy pálido, con una palidez viciosa, malsana. En sus ojos orlados de profundos cercos violáceos arde una luz inquietadora. Sus ojos y sus manos pálidas y afiladas son lo más vivo que hay en su persona. No habla, apenas despega los labios. Tan sólo mira, mira con sus grandes ojos atormentados.)*

ANTO. *(Adelantándose hacia Eugenio, muy amable.)* ¡Querido Moral! *(Ha cogido entre las dos suyas una de las manos de Eugenio, que éste le aban-*

*dona indiferente, resignado.)* ¿Cómo va, querido maestro, cómo va?

EUGE. *(Dominando un poco su malhumor, pero muy poco.)* Iba a salir con mi mujer en este preciso momento. Así es que... *(Soltándose del empalagoso apretón de manos.)* ya me perdonará usted.

ANTO. ¡Oh, de ninguna manera! Usted a nosotros...

FERN. *(Como un eco, con una voz tenue.)* Sí; usted a nosotros.

EUGE. ¡Hola, pequeño! ¿Estabas ahí? *(Fernando sonríe. Esboza un gesto tímido.)*

ANTO. Es tan sólo un momento.

EUGE. Siéntense, entonces. ¿Me permitirán que entre tanto me vista?...

ANTO. Sí, hombre; naturalmente. *(Se sientan, don Antonio en una de las sillas y Fernando en el diván del fondo. Eugenio Moral, que salió un momento, reaparece ahora, ya puesto de americana, se planta ante don Antonio y le dice:)*

EUGE. ¿Usted dirá en qué puedo servirle?

ANTO. Se trata del pequeño, de Joujou. *(Señalando a Fernando.)*

EUGE. *(Muy extrañado, mirando a Fernando como a un bicho raro.)* ¿Joujou? ¿Se llama Joujou el chico?

ANTO. *(Sonsiendo y acariciando con la mirada a Fernando.)* No, no... ¡Es un nombre íntimo, familiar, un cariño!

EUGE. *(Sin dejar de contemplar al muchacho, como para sí, murmura:)* ¡Vaya con el muñeco!

ANTO. Pues, sí, como le decía... ¿Un cigarrillo?

EUGE. No; gracias.

ANTO. *(Después de encender el cigarrillo.)* Como usted quiera. Pues, sí; se trata del pequeño. Una verdadera excepción entre los jóvenes aristócratas. Usted sabe bien cómo todos ellos se pirran por el *sport*...

EUGE. *(Que desea concluir, echar a sus visitantes como sea.)* No sabía una palabra. Además, tampoco me importa gran cosa.

ANTO. *(Que ha comprendido la repulsa.)* Sí, ya, naturalmente... Pues hoy en que toda nuestra juventud se dedica a los *sports* más violentos y brutales...

*(Eugenio le escucha muy atento, mirándole fijo a los ojos, esperando descubrir el fin que se propone el aristócrata.)* Ahí tiene usted a Joujou, todo delicadeza, todo..., ¿cómo diría yo?..., todo sentimiento, enamorado locamente del arte. *(Eugenio Moral se vuelve al lindo muñeco, sorprendido, asombrado.)* ¡El arte es su sola ilusión! ¡Es toda su vida!

GE. ¿Esta criatura? *(Con un poco de desprecio en la voz, en la mirada.)* ¿Y qué desea usted de mí?

TO. Que lo acepte usted en su compañía. ¡Quién sabe si a su lado puede llegar a ser un artista glorioso como usted!

GE. *(Que aún no salió de su asombro.)* ¡No, no; de ningún modo!

TO. ¿Por qué no?

GE. Porque no. Si tiene alma de gran escultor, lo será sin mí, lo sería en la cumbre de la montaña más solitaria. Yo a usted no tengo porqué engañarle. Su hijo a mi lado poco habría de aprender.

TO. ¡Hombre, sí!

GE. Le digo a usted que no.

TO. Es que usted no sabe que en mi Fernando hay un verdadero artista.

GE. ¿Usted cree? *(Volviéndose a Fernando.)* ¿A ti qué te parece?

RN. ¡Ah, no sé!... Cuando papá lo dice...

GE. Debieras desmentirle si una pasión irresistible no te lleva aquí... *(Nuevamente a don Antonio.)* Mire usted, con franqueza, yo nunca he creído en el talento o en la disposición de un muchacho cuando me lo han dicho sus padres. El verdadero artista es aquel que se hizo luchando, precisamente contra sus padres.

TO. Pero pueden darse casos...

GE. Es que no se dan..., o se dan raramente. Créalo usted... A mí no me importa que su hijo venga o deje de venir. Es tan delicado su Joujou, tan, como usted ha dicho antes..., que no puede molestarme... Pero creo que cometería una tontería viniendo a perder aquí las horas. *(A Fer-*

*nando.)* ¿Es que no tienes novia o novias, m chacho? *(Fernando, casi asustado, mira timic mente a Moral y a su padre, y sonríe con u extraña mueca.)*

ANTO. ¡Oh, pobrecillo!

EUGE. *(A Fernando.)* ¡Vaya, hombre! Pues debes nerlas, y cuantas más, mejor! En la juventud debe pasar por todas estas tonterías. *(Como dan por terminada la visita. A don Antonio.)* I manera que ya lo sabe usted. A mí no me m lesta que su hijo venga cada tarde, o cuan quiera. Nadie más que él es dueño de su tiemp

ANTO. Agradecidísimo, mi querido Moral; agradeci simo. *(Ya de pie.)* Además que, con mi hijo su lado de usted, siempre tendré el pretexto venir a fumar un cigarrillo en su compañía. S taller, don Eugenio, es para mí un rincón d paraíso. *(Eugenio no ha podido evitar una mue de cómica desolación al oir estas palabras.)*

EUGE. Sí, sí..., gracias...

ANTO. Y a propósito: ¿qué es de Julia? Creí enco trarla aquí. Le suponía a usted trabajando, i cluso de noche, para poder entregar la nue obra esta semana.

EUGE. Pues salió. *(Rápido, se ha vuelto a él con ceño fruncido, mirándole a los ojos.)*

ANTO. ¿Sigue tan guapa como siempre?

EUGE. *(Casi empujándole hacia la puerta. Con una á pera sonrisa.)* Sigue, sigue...

ANTO. Le dará usted mis más afectuosos recuerdos.

EUGE. *(Cada vez más molesto, más nervioso.)* Los m afectuosos, sí, señor...

ANTO. *(A Fernando, ya en la puerta.)* Y tú ya sabes mañana...

EUGE. ¡Oh, que no se dé prisa! Mañana, pasado, cua do quiera... *(Desaparecen por la izquierda. M ral, al quedar solo, no puede evitar un gesto d ira. Murmura, mordiendo las palabras. Despué suspira ruidosamente, y avanza hacia el tocado Se detiene de pronto, nervioso, contrariado.)* ¡ Al sí, Amelia! Se me había olvidado... ¡Amelia

¡Date prisa, mujer! *(A la puerta de la izquierda. Aparece Martín Sagredo por la derecha.)*

EUGE. *(Volviéndose a Martín.)* ¿Qué hay?

MART. Que nos quedamos sin el bloque, maestro.

EUGE. *(Con un respingo.)* ¿Cómo es eso?

MART. Isidoro dice que no se compromete a entregarnos el mármol.

EUGE. ¿Pero por qué?

MART. Yo qué sé. Cómo es tan cazurro no he podido sacarle de ahí.

EUGE. Un bestia es, un bestia que debiera sustituir a los mulos de sus carros.

MART. Acaso, efectivamente, no pueda...

EUGE. Para mí hay que poder siempre, aun cuando no se pueda. *(Ha pronunciado estas palabras, dejándose llevar de su soberbia indómita. A ellas no responde Martín más que con un gesto de vago asentimiento. Eugenio Moral, mientras, penetró en el tocador y reapareció en seguida con su sombrero.)*

MART. *(De pronto.)* Me olvidaba, maestro. En la portería me dieron esta carta para usted.

EUGE. *(Abrochándose los guantes.)* Déjala ahí, sobre el sofá, sobre el bargueño, donde quieras... ¿Pero aún no, Amelia? *(Con un gesto impaciente. Desaparece un instante por la izquierda. Al volver, como atraído por la carta que Martín dejó sobre el sofá, la coge y, al fijar en ella su mirada, se contrae su rostro en una mueca de extrañeza. Da vueltas al blanco sobre. Murmura.)* ¡Pero si es de Julia!

MART. *(Inquieto.)* ¿Qué le pasa a usted, maestro?

EUGE. No sé..., no sé... *(Cada vez mira con mayor espanto la carta, que tiembla en sus manos. Con la voz más ronca, más ahogada, vuelve a murmurar:)* ¡Pero si es de Julia!

MART. ¿Y qué? *(Extrañado de la angustia de Moral.)* ¿Qué tiene que ver eso?

EUGE. *(Palidísimo, descompuesto, casi con un rugido.)* ¡Calla!... *(Martín, humillado, dolorido, baja la cabeza. Da unos pasos hacia el fondo. Eugenio*

*murmura:)* No seas chiquillo, quédate. Quédate y hazte cargo, hombre.

MART. *(Con sincera emoción.)* Es que yo, maestro...

EUGE. *(Arrebatado nuevamente.)* ¡Ni una palabra, ni una palabra! *(Rasga el sobre que estrujó antes en sus manos. Palidece horriblemente. Se tambalea. Martín, sin comprender la angustia de Moral, corre a él. Pero éste le detiene con un gesto. Ha ido a caer sobre el sofá; continúa leyendo. Después, estruja rabioso la carta con sus manos poderosas, que han domado el mármol y el jaspe. Se queda mirando al discípulo con una fijeza alucinante. Martín está seriamente asustado. Moral, lívido, espantoso, murmura palabras incomprensibles.)*

MART. Pero maestro... ¿Qué le pasa a usted? *(Se ha acercado a él, lleno de piedad y de angustia.)*

EUGE. *(Estallando.)* ¡Que se ha escapado!... ¡Que ha huído!... ¡Que se ha burlado de mí!... ¡Canalla!... ¡Canalla!... *(Se ha levantado, abalanzándose sobre el discípulo, sacudiéndole cogido por las solapas. Ahora esconde su cabeza en el hombro del joven y solloza.)* ¡Que se fué!... ¡Que no volverá!... ¡Que no volverá!... *(En umbral de la puerta de la derecha, vestida ya con un traje de calle. Al ver la escena lamentable, al oír las lamentables palabras de Eugenio, su rostro se contrae aún más que de ordinario en un rictus de dolor; su pequeña figura se hace más pequeña, más insignificante. En sus ojos hay una tristeza, una piedad infinitas. De pronto, con un brusco movimiento, retrocede, desaparece del marco de la puerta. Ni Eugenio ni Martín se dieron cuenta de la presencia de la pobre mujer.)*

MART. ¡Pero, maestro! ¡Usted! ¡Usted!

EUGE. ¡Yo, yo; ya ves! *(Deshaciéndose del discípulo.)* ¡Yo, que no podré ya vivir sin ella! ¡Yo, que después de haber creído en ella, no podré creer en nada ni en nadie! *(La pena trunca su voz de una manera lamentable.)* Y es que no tiene corazón, Martín. La pureza de sus sentimientos, la bondad de su alma..., ¡mentira! Ni sentimientos,

ni bondad, ni nada, ¡ nada ! *(Golpeándose la frente desesperado.)* Soy yo quien la hizo buena, enamorada, sensible. Yo he creado una realidad que no ha existido, que no ha existido más que en mi corazón. *(Después de un momento.)* ¡ Qué despreciable voy a sentirme, Martín ! ¡ Qué despreciable !

MART. ¡ No, no !

EUGE. Sí, soy un pingo, una cosa cualquiera ; todo ha muerto en mí... Pues a la basura conmigo...

MART. No diga usted eso, ¡ por Dios !...

EUGE. Pero si tú supieras que también hay un placer en encanallarse, en pensar : eres un hombre digno, un hombre bueno, un hombre admirado, y, sin embargo, tienes el valor de perderlo todo, de tirarlo todo, de hundirte en la charca hasta aquí, ¡ hasta aquí ! *(Apretándose el cuello con la mano agarrotada.)*

MART. Esto pasará...

EUGE. ¡ Tú qué sabes ! ¡ Tú qué sabes ! ¡ Qué sabéis vosotros los jóvenes ! ¡ Los jóvenes ! ¡ No sabéis vosotros porque no sabéis sufrir, porque vuestra juventud es vuestra fuerza, porque no conocéis el tormento de un amor que puede ser el último !

MART. *(Horriblemente apenado.)* ¡ Maestro !

EUGE. ¡ No ; gestos, no ! ¡ Hipocresías, no !

MART. No son gestos, don Eugenio ; yo no soy un hipócrita. Yo le quiero a usted y me duele que sufra.

EUGE. *(Dejándole, yendo de un lado a otro, tembloroso, como preso de un aura epiléptica.)* ¡ Sí, perdóname, hijo ; perdóname !... ¡ Saberse atado, encadenado como un perro, a una cosa tan vil, tan miserable ! *(Golpeándose con ira cada vez mayor su pecho de atleta.)* ¡ Yo, yo ! ¡ Un hombre como yo, caído desde su gloria al muladar ! ¡ Es para desesperarse ! *(Con un sollozo.)* Hay que estar muy enamorado de una mujer, estar ciego, loco por ella, y sentirse envejecer, es decir : sentirme morir, sentir que se acaba todo, todo, ¡ y el corazón aún vive ! ¡ Qué pena entonces !...

MART. No, maestro ; no es para desesperarse. El hombre debe vencer al hombre.

EUGE. No entiendo, hazme el favor. Palabras, tonterías... Yo sólo sé que sufro, que sufro como un pobre diablo para salvarme... Sufren mi orgullo, que es mi alma y mi carne.

MART. *(Titubeando.)* ¿Pero y ella?... ¿Julia?...

EUGE. ¿Ella? Me dió la gloria con su belleza y ahora me la arranca a zarpazos.

MART. Pero...

EUGE. ¡ Nada ! ¡ Como todas las mujeres ! No sabe nada, ni que yo esté a su lado, ni que me hundo de hora en hora, que me muero... Cree, en el fondo, si es que se lo ha preguntado alguna vez, que me hace un gran favor dejándome morir. *(Con creciente desesperación, golpeándose el corazón y la frente.)* Porque esto se acaba, ¿sabes? Esto se acaba. Aquí no queda nada. ¡ Ni aquí ! ¡ En el naufragio lo habré perdido todo ! *(Esconde el rostro, crispado por el llanto.)* Sin esta mujer, que fué toda la belleza de mis mármoles, todo mi genio, Eugenio Moral no será ya Eugenio Moral, porque ella es mi arte, lo es todo para mí. *(Un tremendo sollozo trunca sus palabras.)*

MART. ¡ Maestro, maestro !... ¡ Por favor !... Pueden oírle, puede entrar alguien...

EUGE. No, que nadie sepa nada, que nadie adivine nada. Sobre todo... *(Lleno de angustia.)*, ¡ que nadie sepa nada por ti !

MART. ¡ Don Eugenio !...

EUGE. Para el mundo, para todo el mundo... *(Irguiéndose con arrogancia, pero no sin dificultad, pasándose la mano trémula por el rostro.)* debo seguir siendo Eugenio Moral, el triunfador ! *(Por la puerta de la derecha aparecen Julia Valcárcel, Amelia y el padre de ésta, Pablo Ardavín. Eugenio Moral, cuyo primer movimiento fué de instintiva, de irrazonada alegría, ha palidecido después intensamente, ha tenido que buscar apoyo en la mesilla. Sus ojos, llenos de asombro, de extrañeza, van de Julia a Amelia, sin comprender lo que pasa.)*

MELIA *(Con su voz dulce y acariciadora de siempre, pero más opaca, más triste que siempre.)* Sabía la mucha falta que te hacía Julia para terminar tu trabajo..., la encontré..., la rogué que viniera... y aquí la tienes... *(Amelia ha pronunciado estas palabras con hondo y terrible esfuerzo.)*

JGE. *(Con los ojos desorbitados, con un miedo terrible a comprender, con la voz extrangulada.)* ¡Ah, sí, sí!... ¡Gracias, Amelia!

MELIA *(Mirándole con sus ojos húmedos de tristeza, desfallecida.)* A ella, Eugenio, las gracias por atender a mis ruegos... *(Volviéndose a Pablo Ardavín.)* ¿Vamos, padre?

BLO *(Extrañadísimo, con sus ojos que parecen adivinar la tragedia, fijos ora en su hija, ora en la modelo, ora en Eugenio, murmura para sí.)* ¿Qué pasa aquí? ¿Qué es esto?

MELIA *(Cada vez con mayor angustia.)* Vamos, padre... *(Ha pronunciado estas palabras desde el umbral de la puerta de la derecha. Pablo Ardavín, sin dejar su aire de extrañeza, mirando a Moral y a Julia, da unos pasos en dirección a su hija. Martín, atónito, mudo, contempla a unos y a otros, sobrecogido de pena. Moral, lívido, murmura unas palabras entrecortadas, incoherentes. Julia, triunfante, arroja su sombrero y su bolso sobre el sofá, y, sonriendo cruelmente, dice:)*

JLIA ¡A su disposición, don Eugenio! *(Se cierran rápidamente las cortinas.)*

TELÓN

# ACTO SEGUNDO

## LA DOLOROSA PASION

El taller del escultor Eugenio Moral. Lleno de luz, inundado de l esa luz cruda de cuando va entrada la mañana. Al fondo, cerrando t el fondo, y suspendida de una barra dorada, una cortina de color g ceniza, de elegantes pliegues, que dibuja en su centro un medio círc convexo hacia el proscenio y se trunca en dos paños paralelos a batería en sus extremos. En los ángulos de esos paños, dos soportes manera oscura coronados por unos jarros de mayólica con plantas ac ticas desmayadas como cabelleras.

En el centro, esta cortina está abierta y muestra el interior de la ti camareta, que hemos conocido en el primer acto, donde se refugia glorioso escultor en sus horas de desaliento. Se adivinan en la su penumbra la mesilla, los sillones que ocupan su interior. Detrás, pared, de un claro tono de manteca, con su alto zócalo de terciop color musgo.

A la izquierda y a la derecha se corre, del primer término al fondo, u estantería a la altura de metro y medio, atestada de volúmenes, carpetas de apuntes. Sobre esta estantería, unos cartones manchados color, unas estatuillas de Tanagra, de Delos.

A la derecha, y en primer término, la tarima de los modelos. A ella, y más hacia el centro, un caballete con espátulas, cinceles, etc., una enorme masa de barro ligeramente trabajada y envuelta en un pa húmedo, sobre una plataforma. En el fondo, una estufa. A la izquier un diván, alguna silla, una mesita.

Y nada más. Pero en todo esto debe dominar una elegante severid

*(Han transcurrido unos días. Son las once de mañana. En escena, Julia Valcárcel, Martín S gredo, Antonio de Bielsa y su hijo Fernando. J lia Valcárcel, desnuda bajo una especie de albo noz de tela cruda de un color desvaído, sentada una banqueta, los codos sobre las rodillas, las m nos sosteniendo la cabeza gentilmente peinad partida en raya la mata oscura de su pelo, m aplastado al cráneo y trenzado como una coro sobre las orejas, sobre la nuca. En sus labios crispa una mueca de tedio infinito. Martín Sagr do, con blusón, va y viene, trastea por el talle Bielsa, sentado, fuma cigarrillos. Fernando, te dido de bruces en el diván, devora con los oj a Julia Valcárcel, que, de cuando en cuando, ar bigua y cruel, se vuelve y le sonríe.)*

ANTO. *(Encendiendo un cigarrillo.)* Nada, no viene.

MART. *(Consultando su reloj.)* Es raro que tarde tanto.

JULIA ¿Qué hora es?

MART. Las once ya.

ANTO. *(Malignamente.)* ¡Qué lástima haber perdido la mañana!, ¿no? *(Julia, nerviosa, ceñuda, finge no haber oído.)*

MART. No cabe dudar de la puntualidad de don Eugenio. Cada mañana llega al taller antes que nosotros.

ANTO. *(Siempre con aviesa intención, a Julia.)* Llevamos ya un par de horas de espera. Y esperar nunca es agradable, ¿verdad, Julia? Sobre todo cuando podía uno quedarse en cama tan ricamente.

JULIA ¡Bah!...

ANTO. Pero ¡qué le vamos a hacer! Los artistas son los artistas! *(Ha dicho estas palabras con un ligero tono de zumba. Martín Sagredo va y viene preparando los bártulos de trabajo.)*

FERN. *(Sin dejar el diván.)* ¿Y para eso me hiciste madrugar, papá?

ANTO. *(Siempre un poco zumbón.)* ¿Y el arte? El arte es una cosa muy seria, hijo.

FERN. *(Bostezando.)* No bromees, papá.

MART. *(Riendo.)* Su hijo de usted, don Antonio, siente por el arte una verdadera devoción. Mire usted, sino: a la segunda sesión aprendió ya a moldear el diván

ANTO. ¿Oyes, *Joujou?* ¿No te da pena la mala opinión que puedan tener de ti?

MART. ¡No, don Antonio, por Dios! Yo tengo la mejor opinión de Fernando. Además, tampoco soy yo quien...

FERN. Estoy cansado, papá.

JULIA *(Con una ojeada burlona.)* ¡Criaturita!

ANTO. ¿Cansado a las once de la mañana? ¡Pero si no has hecho más que levantarte, subir al auto y echarte ahí! *(Señalando el sofá.)*

FERN. Sí, papá, como quieras, pero estoy cansado. *(La doncella asoma por las cortinas del fondo.)*

DONC. ¿Llegó el señorito, Martín?

MART. No.

DONC. *(Perpleja, visiblemente contrariada.)* Entonces... ustedes perdonen. *(Después de mirar con cierta hostilidad a Julia, se retira.)*

ANTO. *(A Julia.)* ¿Se ha fijado, Julia, cómo la miró esa chica al salir?

JULIA *(Levantándose y paseando, nerviosa e irritada.)* ¡Que tenga una, por estúpida, que aguantar estas perrerías! ¡Ay, Señor, qué vida! *(Se detiene ante Fernando, como atraída por la mirada febril del mozo, y acariciándole la cabeza, como si se tratara de un chiquillo, murmura:)* ¿Te duermes, muñeco? ¿Tienes sueño, pobre *Joujou*?

FERN. *(Con la voz tomada, con los ojos brillantes.)* No; no, señora.

JULIA *(Cínica, riendo con el rostro vuelto a don Antonio.)* ¡Ay, qué gracia! ¡Señora!... ¡Qué lindo muñeco! *(A Fernando, un poco pálido y con los ojos cada vez más brillantes.)* ¿Te gusta que te acaricien, que te mimen, *Joujou*?

FERN. Usted, sí.

ANTO. *(Sonriendo.)* Sin embargo, Julia, ándese con cuidado.

JULIA *(Por Fernando, riendo.)* ¿Por él? ¡Si es un chiquillo! *(Un gesto ambiguo en don Antonio. Una sonrisa equívoca en Fernando. Martín contempla la escena con extraña y recelosa atención. Julia deja tranquilo a Fernando, avanza unos pasos y se detiene, ante la estantería jugueteando distraídamente con una de las estatuillas.)*

ANTO. *(Acercándose a ella, fingiendo indiferencia.)* ¡Qué gracia, y qué línea, y qué... tiene esta figura, ¿no es cierto?

JULIA *(Encogiéndose de hombros.)* Si usted lo cree...

ANTO. *(Cogiendo la estatuilla y fingiendo examinarla con curiosidad, mientras la muestra a Julia, en voz muy baja.)* Usted no tiene que esperar a nadie. Usted ha nacido para que los demás esperen, para mandar y dominar. *(Julia le escucha son-*

*riendo. El sigue, con voz trémula:)* ¡Si usted quisiera, Julia...

JULIA Si yo quisiera, ¿qué?...

ANTO. Con una sola palabra suya...

JULIA *(Levantando la voz y abandonando la estatuilla, que tomó de don Antonio, sobre el estante.)* No. No me convence. *(Le vuelve la espalda, riendo, y va a sentarse de nuevo en la tarima.)*

MART. *(Cada vez más impaciente, más nervioso.)* ¡Y el maestro sin venir!

JULIA *(Agresiva.)* ¡Qué manera de tomarnos el pelo! *(Martín se vuelve a ella extrañado. Aparecen de nuevo la doncella.)*

DONC. ¿No ha venido el señorito?

MART. No; no ha venido.

DONC. *(Sin poder ocultar su contrariedad, con un poco de angustia.)* Es que a mi señorita...

JULIA ¿Qué le pasa a tu señorita?

DONC. *(Después de una mirada insolente, casi agresiva.)* No, nada.

MART. Yo avisaré a don Eugenio en cuanto llegue.

DONC. Bien, señorito. Gracias. *(Sale.)*

JULIA *(Herida por el desprecio de la muchacha.)* ¡Vaya orgullo el de esas pingos de cocina!

FERN. ¿Vámonos, papá?

ANTO. Esperemos un poco. *(Entra Eugenio Moral, vestido de calle.)*

EUGE. Buenos días.

MART. Buenos días, maestro.

ANTO. *(Jovialmente.)* ¡Caramba, Moral, cómo se hizo usted esperar!

EUGE. ¿También de usted? No sabe cuánto lo siento. Pero es que, francamente, no podía suponer que mi arte le interesara a tal extremo.

ANTO. ¡Hombre! Yo... *(Eugenio Moral le ha vuelto la espalda para encararse con el discípulo.)*

MART. La muchacha entró dos veces a preguntar si usted había llegado.

EUGE. ¿Y qué quería?

MART. Le mandaba la señora.

EUGE. ¿La señora? Voy a ver... *(Al pasar se detiene*

*ante Julia, que no se ha movido, ni le ha mirad siquiera.)* ¡Perdona, mujer!... Creí que sería co de un momento.

JULIA *(Huraña, sin mirarle.)* No te canses... Es igua

ANTO. ¿Va usted a tardar mucho, mi querido Moral?

EUGE. *(Desde el fondo.)* No sé...; pero como si ta dara. Llévese a su hijo. Hoy trabajo solo. ( *sale.)*

ANTO. Malhumorado llegó el maestro.

MART. *(Sonriendo.)* Un poco menos que de costumbr

ANTO. *(Disimulando su despecho con la ironía.)* ¡Lo artistas! *(Acercándose a Julia, que sigue con l cabeza apoyada en la palma de las manos, ind ferente a todo.)* ¿Qué? ¿Se queda usted? ¿N le teme al humor de don Eugenio?

MART. No sea usted irónico, señor de Bielsa. Julia n le teme a nada.

JULIA *(Con la voz opaca, enconada.)* A nada.

ANTO. *(Aparte, en voz baja a Julia, con ira reconcentr da, mirando al fondo, por donde acaba de sal Eugenio.)* ¿Ha visto usted? No me crea uste un memo, Julia. Todo eso, las originalidades, d ría mejor las coces del maestro, las aguanto po usted. Por usted, que si quisiera..., sería con migo respetada, querida, feliz. *(Fernando, por fin se decide a abandonar el diván. Se levanta. Bos teza. Se acerca a su padre, a Julia, a quien mir con ojos profundos, ardientes, un momento. Juli le acaricia.)*

JULIA ¿Te vas tú también, *Joujou?*

FERN. Sí.

ANTO. Me le llevo a que le dé el sol, que bien lo ne cesita.

FERN. No lo crea usted, Julia.

ANTO. Pasa, pasa. *(Sale por el fondo, después de son reír con un aire cínico y cómplice a la mujer empujando a Fernando.)*

JULIA *(Por don Antonio.)* ¡Qué tío más pelma!

MART. *(Satisfecho.)* ¿Te parece? Mejor.

JULIA ¿Mejor, por qué?

IART. Por nada, mujer; por afinidad de ideas; a mí me revienta también.

ULIA ¡Me carga; me pone nerviosa!

IART. Pues contigo está muy amable. *(Martín se ha sentado en el diván.)*

ULIA Porque me busca; porque me quiere para él.

IART. *(Sorprendido de la sinceridad de Julia.)* ¡Ah!

ULIA *(Descendiendo de la tarima, yendo a sentarse en el diván.)* ¿Qué te parece? *(Martín hace un gesto como para levantarse.)* No, quédate; no te vayas. *(Martín se sienta. Debe observarse en él un asomo de angustia, de recelo, de miedo.)* ¿Qué te parece?

MART. ¿A mí? ¡Hija, eso allá tú!

ULIA ¿Tan poco interés te merezco? *(Mirándole a los ojos.)*

MART. *(Rehuyendo su mirada.)* ¡Mujer, no es eso!... Pero yo...

ULIA ¿Me crees tú capaz de irme con ese viejo?

MART. Es él quien sí te cree capaz.

ULIA *(Arrebatadamente.)* Pues se equivoca. ¡Que se guarde su dinero! ¡Qué me importa su dinero! ¡Ni el de nadie! *(Martín, con creciente angustia, esboza un gesto de indiferencia.)*

MART. Entonces...

ULIA *(Acercándose mucho a él, pegando su cuerpo semidesnudo al cuerpo tembloroso del muchacho.)* ¡Vivir! ¡Vivir! ¡Ser joven, ser querida con un amor igual al mío, que no sé cómo es, pero que debe ser loco, malo, impetuoso como una tormenta! *(Con la cara pegada a la cara pálida de Martín, la boca casi sobre la boca del muchacho.)* ¿Comprendes, comprendes?

MART. *(Después de un momento, apartándola suavemente.)* Puede entrar don Eugenio...

JULIA *(Apartándose con un respingo de bestia castigada, la faz duramente contraída por la cólera.)* ¿Es que tienes miedo? ¿Es que todavía te dura el miedo del otro día, de cada día? *(Acercándose nuevamente al atribulado, ciñéndose materialmente a él, llena de encanto, de perfidia y de seduc-*

*ción.)* ¡Y si te dijera que te quiero, que te quiero mío!...

MART. *(Con la voz estrangulada por la emoción.)* ¡Julia, Julia!... ¡Tú sabes que eso no puede ser!...

JULIA ¿Por qué no, si yo lo quiero? ¡Sé fuerte, sé osado; atrévete!

MART. *(Lleno de pena, de deseo, de angustia.)* ¡Eres mala, Julia!

JULIA ¿Mala? ¡Ah, Dios mío! ¡Cállate, cállate; no me digas eso tú también, que no tienes derecho, que no lo tiene nadie! *(Habla arrebatadamente, apretándose las manos, estrujando el ancho ropón que la cubre, presa de una desesperación terrible.)* ¡Tú qué sabes, tú qué sabes, Martín! Una mala mujer que se atraviesa en tu camino puede salvarte. Una mujer buena puede perderte de una manera miserable.

MART. No levantes la voz, no grites.

JULIA ¡Déjame! Quiero gritar, quiero gritar. ¡Llorar quisiera, pero no puedo, no puedo! ¡Ay, Dios mío, Martín, una mala mujer! ¡Si no hice daño nunca a nadie, si lo di todo, mi juventud, mi belleza, todo! ¡Si fuí la felicidad de tantos y y nadie fué la mía!

MART. ¡Calla, mujer, calla!...

JULIA ¡Si todo el mundo me ha tratado como una bestia! ¡Los hombres todos, qué asco! *(Con un gesto de repugnancia infinito.)* Ni uno se acercó a mí con un amor verdadero en el corazón. Venían a mí como lobos hambrientos, y se iban después. Yo no he conocido, desde los trece años que mi padre llevó a perderme... Mi padre fué, para que al renegar de los hombres pudiera renegar hasta de él!... Yo no he conocido de ellos más que su miseria, su ruindad, su bestialidad...

MART. *(Seriamente asustado, con angustia.)* ¡Julia, por Dios y todos los santos, cállate!... Puede oirte el maestro...

JULIA ¡Y ése! ¡Ni ése! ¡Ni tu maestro! ¡Artista! ¡Artista! ¡Puah! *(Escupe con asco, con desprecio.)* Yo no he sido su amor, sino su gloria,

su orgullo. ¡ Qué solo se va a quedar cuando yo me marche !

MART. ¡ Calla, calla, calla !...

JULIA Mira, Martín, yo no sé si soy una mala mujer. Pero sí sé que nadie, nadie, ¿entiendes?, ha sido bueno conmigo. *(Hay una pausa. Julia se ha levantado del diván. De pie en el centro del taller, llena de claridad gloriosa de la mañana, y llena de su orgullo y de su pena, añade:)* Los hombres todos sois unos canallas. ¡ Unos canallas, sí ! ¡ Tú entre ellos ! Pero tú, además, eres cobarde... *(Martín, en el diván, derrumbado, como un pelele lamentable, hunde la cabeza en las manos.)* ¡ Sí ! Eres como su perro, tú recibes sus desprecios y sus regaños como su perro, y asimismo sus sobras : las de su genio, las de su dinero, como recibirías las de su amor el día que se cansara de mí.

MART. *(Con la voz ronca, sin levantar el rostro.)* ¡ Julia, Julia !...

JULIA Has sido bueno hasta hoy por cobardía. *(Da unos pasos por el taller, se pasa una mano por el rostro para serenarse. Después va a colocarse detrás del sofá. Un momento. Martín sigue con el rostro escondido en las manos, con la espalda hundida, como agobiado por un dolor irreparable. Julia le mira apenada y maligna a la vez. Se encienden de pronto sus ojos triunfalmente, se quiebra su boca en una sonrisa aviesa y cruel. Da unos golpes con los nudillos en el respaldo del diván. Martín alza a ella, extrañado, inquieto, la cabeza. Ella se inclina, y aprisionándole en sus brazos le besa en los labios.)* ¡ Así ! ¡ Así ! *(Después pasa al centro de la estancia rápidamente. Entra Eugenio.)*

EUGE. Hoy no se trabaja. *(A Julia.)* Puedes vestirte. *(A Martín.)* Y tú puedes marcharte. *(Julia, que le ha mirado ceñudamente, váse rezongando por el fondo. Eugenio, colérico, se vuelve a ella.)* ¿Qué pasa?

JULIA *(Desapareciendo.)* ¡ Nada, nada ! *(Martín, que se ha levantado del sofá, transido de pena, avergon-*

*zado, duda un momento, mientras Eugenio enciende un cigarro, y, al fin, se acerca a el.)*

MART. Yo, maestro, desearía hablarle... *(No se atreve a levantar la voz por miedo a que Julia le oiga, ni a mirar a Moral. Está muy pálido.)*

EUGE. *(Desabridamente.)* Después, después...

MART. Es que...

EUGE. Déjame con ella. *(Martín duda un momento. Después va al fondo, desaparece tras de la cortina y a poco reaparece con americana y el sombrero en la mano.)*

MART. Adiós, maestro.

EUGE. Adiós, hijo mío. *Martín sale. Un momento. Eugenio Moral se ha sentado en el borde de la tarima. Una mano en la frente, otra, crispada, en la rodilla. Chupetea el cigarro. Murmura:)* ¡Qué contrariedad!... *(Un momento.)* ¡Vivir!... *(Suspira.)* ¡Qué pena!... *(Entra Julia Valcárcel ya vestida de calle: un traje de chaqueta oscuro, con chaleco blanco, un sombrero con un airón de aigrettes, un manguito y unas pieles de zibelina. Al entrar ve a Eugenio con una ojeada, pero, sin embargo, muda, esquiva, se acerca al estante, coge su bolso y retrocede hacia el fondo para salir. En este momento, Eugenio la detiene con un grito.)* ¡Eh! ¡Julia!...

JULIA *(Deteniéndose ante las cortinas del fondo y volviéndose a él.)* ¿Qué?

EUGE. Que no se marcha uno así de mi casa. *(Se levanta. Dulcifica un poco su voz.)* Mujer, ¿te vas sin saludarme? *(Ella le mira de pies a cabeza y sonríe malignamente.)*

JULIA Bueno, pues... ¡adiós!

EUGE. *(Agarrándola por un brazo.)* ¡No, ven aquí, ven aquí! ¡Ya saldrás luego, mujer!

JULIA ¿Es que tienes gana de pelea? Me he pasado aquí la mañana esperandote, ¿entiendes?, y quiero salir, quiero marcharme, andar, respirar.

EUGE. De todas maneras no te habrás aburrido mucho. *(Insidioso, celoso.)* Con Bielsa, con *Joujou*... Juegas con él como con un gato... Sabes que no tiene uñas, ¡el pobre! Conmigo es otra cosa.

JLIA ¡ Estúpido !
UGE. ¡ Qué vileza de criatura ! No puedo sufrir que le acaricies. A veces me ha dado la tentación de derribarle de un manotazo y de aplastarle el cráneo con mi bota ; pero no lo he hecho por miedo al ¡ crac ! que produce el pisar un bicharraco. ¡ Qué asco ! *(Arroja con repugnancia el cigarro y se limpia los labios con el pañuelo.)*
JLIA *(Cruel y burlona.)* ¡ Pobre Joujou !
UGE. ¿ Le compadeces ?
JLIA ¡ Qué desgraciado debes ser con tus celos y tus arrebatos, Moral ! ¿ No te da vergüenza estar celoso tú, un hombre como tú, de un chiquillo tonto y degenerado como Fernando ?
UGE. *(Furioso por verse descubierto.)* ¡ A otra cosa, a otra cosa !
JLIA A otra cosa entonces... Me marcho.
UGE. ¡ Qué vengativa eres, Julia ! Anda, siéntate un momento... Cierto que te hice esperar toda la mañana, pero ya podías pensar que me moría de impaciencia, de angustia, por no poder venir...
JLIA ¿ Por no poder ?
UGE. ¡ Por no poder, sí ! Me retenía el médico que me llamó a su casa para hablarme de Amelia, que, según él, está cada día peor... Esta mañana, poco antes de llegar yo, la dió un síncope, un ahogo..., no sé. *(Un momento. Eugenio, repentinamente grave, muy serio, pálido, murmura :)* ¿ Qué pasó el día que vino a buscarte ? Desde entonces está así.
ULIA *(Encogiéndose de hombros.)* ¿ Qué pasó ? Entre nosotras, nada. Tú sabrás, tú debes saberlo... Ella me suplicó que viniera, insistió, me rogó de tal modo, que no supe, no pude negarme...
UGE. *(Sombrío.)* Sin ella no hubieras vuelto. La verdad es ésta.
ULIA ¡ Bah ! ¡ Quién sabe !... Me dió por no volver porque...
UGE. *(Agresivo, terrible.)* ¿ Por qué, por qué ?...
ULIA ¿ Por qué ?... Por esto..., por tus palabras de siempre, por tu brutalidad... *(Estallando, hosca, ceñuda.)* Y por que no soy una bestia, ¡ vaya !

*(Levantándose.)* ¡Porque estoy harta de que se me trate a latigazos!

EUGE. ¡Julia!

JULIA ¡Vamos, hombre! ¡Después de llevar la vida más perra, venirme con celos, con cóleras, con groserías!...

EUGE. ¿Pero tú no sabes, canalla, que te quiero, que te necesito, qué no me importa nada sino tú? ¡Yo te quiero aquí, a mi lado, pegada a mi vida para poder vivir! *(La coge en sus brazos, apretándola sobre su pecho.)* Yo no sé, Julia, lo que ha sido de mí, lo que has hecho de mí, si un hombre glorioso y magnífico, o un lamentable muñeco; pero sé que la poca felicidad que hay en mi vida te la debo a ti, porque tú para mí lo eres todo, todo, todo. Mi amor por ti es una pasión dolorosa que me consume la vida, pero ¿para qué vivir de otra manera sin ti?

JULIA *(Vagamente, con la voz lejana, la mirada perdida, sin corresponder a los besos febriles de Moral.)* Tu amor...

EUGE. Mi amor es mi desesperación, mi tormento y mi gloria. Padezco horriblemente con tu amor, Julia, pero ¡ay de mí el día que me falte! Te quiero, ¿comprendes? Te quiero como eres, con todo tu encanallamiento, con toda tu maldad. Te quiero sabiendo que me has engañado, que me engañas, que me engañarás. *(Julia le mira a los ojos, un poco asombrada de las palabras del hombre glorioso.)* ¡Ya ves tú si seré desgraciado al pensar, al saber, que tú, tú!... *(Con asco, con horror, con infinito amor.)* ¡Eres toda mi vida!

JULIA *(Rehuyendo los besos del amante, llena de amargura, de sarcasmo.)* ¡Toda tu vida! *(Ríe nerviosamente.)* ¡Ja, ja, ja! ¡Toda tu vida!

EUGE. ¡Ríete, ríete! ¡Ríete... *(Con honda pena.)*, pero compadéceme! Me ves tan fuerte, ¿verdad? Me ves con tanta fuerza, que a puñetazos podría destruir todos estos mármoles *(Con un amplio gesto, señalando los mármoles que hay en el taller.)*, que a puñetazos podría matarte a ti. ¡Pues tú me has convertido en una criatura, en un trasto,

en una cosa! *(La deja. Un sollozo asfixiante no le permite seguir. Ella se arregla las ropas, el sombrero. Tras un nuevo sollozo, prosigue Moral con voz estrangulada.)* ¿No te da lástima de mí, no te da pena?

JULIA *(Con el mismo sarcasmo de antes.)* ¿Y tu orgullo? ¿Y tu soberbia? ¿Qué se han hecho?

EUGE. *(Mirándola a los ojos, con odio.)* ¿Pero qué tienes en las entrañas, víbora, que tan mala te hizo Dios? *(Ella se yergue, al fustazo de esas palabras, altiva y terrible. Eugenio, añade:)* ¡No, nada; perdóname, Julia! *(Julia recoge el manguito, las pieles. Eugenio, que habla entrecortadamente, presa de una terrible excitación nerviosa, la sigue humilde y rastrero.)* ¡No te marches así!... ¡Yo no quise ofenderte!... *(Julia, soberbia, triunfante, se dirige al fondo.)* ¿Te veo esta noche? *(Ha formulado la pregunta pálido, tembloroso, anhelante.)*

JULIA *(Desde el fondo, volviéndose a él.)* Sí. Porque me das pena, porque eres más infame, más desgraciado que yo. *(Sale. Un momento. Eugenio Moral se ha quedado de cara al fondo por donde salió ella. Se vuelve y murmura, con la mano crispada sobre el pecho;)*

EUGE. ¡Eugenio Moral, eres un miserable! *(Saca una pipa de su bolsillo, va a cargarla, nervioso, trémulo. De pronto, arrebatadamente, rabioso, tira la pipa con violencia a un rincón. Con un pañuelo se enjuga el sudor de la frente, pálida y tempestuosa, contraída por un hondo dolor. Su angustia se exacerba y muerde el pañuelo con desesperación. Entra Amelia Ardavín. Se cubre con una bata de tonos claros. Está muy pálida, enflaquecida. Profundos livores ornan sus ojos. Tiene la boca sumida de los que van a morir. Ella se detiene, agarrándose a las cortinas del fondo, desfallecida.)*

AMELIA ¿Estás solo, Eugenio?

EUGE. *(Corriendo a ella, llevándola al diván casi en brazos.)* ¿Cómo? ¿Tú?

AMELIA *(Dejándose caer inerte, como un cuerpo sin vida, en el sofá.)* No te molesto, ¿verdad?

EUGE. ¡Mujer!

AMELIA Sí, claro, ahora ya no te molesto... Pero estaba tan sola en mi alcoba, le tengo tanto miedo a la soledad...

EUGE. ¿Cómo sola? No tenías más que llamarme. Además, vamos, no seas niña: si hace un momento estuve contigo. Merecías que te riñera, ¿sabes? ¿Qué es eso de levantarte de la cama sin mi permiso? *(Bondadoso, apenado.)*

AMELIA Sí; hace un momento, sí. Pero no eras tú, Eugenio; no eras tú quién estabas conmigo.

EUGE. *(Temeroso, extrañado.)* ¿Qué es lo que dices, criatura?

AMELIA No debes fingir, Eugenio; no tienes que engañarme. Mi marido no se ha acercado a mi lecho, sino ese otro hombre inquieto y atormentado que hay en ti...

EUGE. *(Queriendo disimular su turbación, su congoja.)* Anda, cállate ya. No digas tonterías... *(Ella le mira con sus ojos llenos de ternura y de tristeza, brillantes de fiebre.)* ¿Y a qué has venido? ¡Tontuela, chiquilla!... Cuando no tenías más que llamarme... *(Habla con tierno afecto a Amelia, como si en realidad se tratara de una criatura.)* Pero si te estás cayendo, si no puedes tenerte en pie... Y estás con fiebre, mujer... Vaya, se acabó... Te acompañaré a tu cuarto... *(A una mirada de ardiente súplica que ella le dirige.)* cogida a mi brazo como una novia...

AMELIA ¿Tienes que salir?

EUGE. *(Turbado de nuevo.)* Sí, pequeña, yo bien quisiera... ¡Pero, por Dios, no pongas esa cara de lástima, mujer! Al momento seré contigo...

AMELIA *(Con una infinita amargura.)* ¡Cuánto sufres, Eugenio! ¡Qué vida la tuya!

EUGE. *(Queriendo aparecer despreocupado.)* Qué le vamos a hacer. Es preciso luchar; no se triunfa así como así... *(Habla sin mirar a Amelia. De pronto, se vuelve a ella y le sorprende, angustiándole de nuevo, la mirada tristísima de la*

*pobre mujer, que empañan unas lágrimas silenciosas.)* ¿Lloras?...

AMELIA Es por ti, Eugenio, pobre Eugenio, porque sufres más que yo.

EUGE. Vamos, vamos ya, chiquilla... Ven...

AMELIA ¡Chiquilla! ¿Chiquilla? No, Eugenio, no. Mírame bien, estoy ya vieja, no soy una niña. ¿A qué ese empeño tuyo en desconocerme, en ignorarme, en cerrar los ojos ante mí?

EUGE. Pero ¿qué estás diciendo?

AMELIA Nada; déjame, dejemos eso... *(De pronto.)* Tan sólo una cosa. Pero no me engañes, no me mientas, sé sincero, sé fuerte... *(Eugenio la mira amedrentado, temiéndolo todo de sus palabras.)* Siéntate aquí, a mi lado, como en otro tiempo... *(Eugenio se sienta.)* Piensa que tus palabras pueden hacer más por mi salud que todo lo que por mí haga el médico.

EUGE. Habla, di...

AMELIA Fíjate bien, Eugenio... *(Un momento. Vuelta a él, cogiéndole las manos.)* Yo estoy vieja, cansada; lo que no han podido hacer los años, lo han hecho unos meses de sufrimiento... Acaso pronto te veas libre de mí, solo...

EUGE. ¡Mujer! ¡Amelia!

AMELIA *(Que se ha repuesto de la emoción con que pronunció las anteriores palabras.)* Atiende, atiéndeme... Si el desengaño destruye algún día tu vida, si de tu gloria y de tu fuerza no te queda entonces más que un mísero y lejano recuerdo, si llegan para ti momentos de abandono y soledad y yo no estoy aquí para consolarte, ¿acudirás a mi memoria, Eugenio? ¿Acudirás a mi memoria para buscar en ella la fortaleza que te falte, el consuelo que sólo saben dar ias madres? *(Eugenio ha escuchado las palabras de Amelia, que ella ha suspirado doloridamente, pálido, sosteniéndose apenas, con una emoción que sacude todo su cuerpo. Ahora dice horrorizado.)*

EUGE. ¡Calla! ¡Calla, por Dios, Amelia! ¡Calla! *(Se tapa el rostro con las manos convulsas.)*

AMELIA Tengo miedo, Eugenio; tengo miedo por ti al pensar que puedo faltarte.

EUGE. ¡Calla! ¡Calla! ¡Sé buena, no te atormentes!... *(Un momento. Eugenio se levanta nervioso, inquieto, sin saber qué hacer. Amelia, en el diván, con las manos cruzadas sobre el regazo en actitud de orar, tiene alta la cabeza como las dolorosas, y los ojos llenos de lágrimas En este momento, la doncella de antes, apareciendo por el fondo, anuncia.)*

DONC. Su papá, señorita.

EUGE. Hazle pasar.

AMELIA No, no quiero que me encuentre llorando...; sufriría el pobre... *(Con inquietud.)* Hazme el favor, Eugenio. Charla con él unos momentos. *(Vase con la doncella, que la sostiene, muerta, desfallecida. A poco entra Pablo Ardavín.)*

POBLO ¿Tienes unos momentos que dedicarme?

EUGE. *(Mirándole a los ojos, curado ya de toda emoción.)* Los que usted quiera.

PABLO Vamos a hablar un rato, pero serenamente, friamente, de hombre a hombre... *(Eugenio Moral, que paseaba a grandes zancadas por la estancia, se vuelve a Pablo.)*

EUGE. *(Un poco agresivo, pero tan sólo un poco y a pesar suyo.)* Esto es imposible. Nosotros no podemos hablar nunca de hombre a hombre.

PABLO No sé por qué. *(A un gesto de Eugenio.)* Pero no te canses, que tampoco me importa. Allá tú con tus genialidades de artista. No he venido a eso.

EUGE. Usted dirá entonces qué es lo que quiere, en qué puedo servirle. *(Eugenio se ha parado en seco delante de Pablo Ardavín y le ha espetado las anteriores palabras con una fría cortesía y con un mal disimulado desprecio. Se ha de notar en el escultor, durante toda esta escena, una gran nervosidad, una gran impaciencia casi angustiosa.)*

PABLO ¿En qué puedes servirme? En mucho. Vengo a hablarte de mi hija.

EUGE. *(Extrañado, inquieto.)* ¿Qué le pasa a Amelia?

¿Y cómo es usted quien viene a enterarme; cómo no he sido yo quien...?

ABLO Porque tú estás ciego, porque tú no ves nada, ni a la pobre Amelia...

UGE. *(Protestando.)* ¡Que es mi mujer!

ABLO Tu pobre mujer que sufre, que se consume en silencio, que se muere a tu lado sin que tú te enteres.

UGE. *(Irritado.)* ¡Bah! ¿Una escena de familia? Le advierto que tengo mucho trabajo y no puedo perder un minuto.

ABLO *(Muy tranquilo y dolorido.)* Yo creo, porque no tengo aún tan mal concepto de ti, que, por el contrario, lo aprovecharás. *(Con el acento duro, rencoroso.)* Y ya te digo: nada de genialidades, de gestos de artistas. Yo, ya sabes..., tampoco te comprendería. *(Eugenio Moral ha tirado el cigarrillo que fumaba, se ha cruzado de brazos ante su suegro, que se sienta.)*

UGE. ¿Y es ella quien le manda a mí?

ABLO *(Conteniéndose a duras penas.)* ¡No! ¡Bien sabes tú que no! Amelia es incapaz de lo que tú supones. Vengo a otra cosa. Tú sabrás que Amelia está enferma.

UGE. Sí.

ABLO Amelia está enferma y el día menos pensado se muere sin que te des cuenta. *(Eugenio va a hablar, pero se contiene; se muerde los labios nerviosamente, humilla la fiera cabeza.)* Y es que tú, Eugenio, has olvidado por completo a tu mujer. Y eso, ni es digno, ni es noble, ni es humano.

UGE. Le prohibo a usted las apreciaciones. Mi conciencia no me reprocha nada.

ABLO *(Irritado, levantando la voz.)* ¡Porque no la tienes ya, como no tienes corazón!

UGE. *(Muy pálido.)* ¡Señor mío!

ABLO ¿Qué?

UGE. Usted no tiene derecho a insultarme. No estoy dispuesto a tolerárselo, porque no se lo he tolerado nunca a nadie.

ABLO *(Conteniéndose.)* Tienes razón. No es cosa de

que riñamos tú y yo como dos albañiles. Pero de todos modos, depón un poco tu orgullo, porque cuando un hombre se ha encanallado como tú con una zorra de la peor laya, no tiene derecho a ser orgulloso.

EUGE. ¡ Es que no todo el mundo puede llamarse Eugenio Moral ! *(Con mucha dignidad.)*

PABLO Puedes reírte de eso, y así te curarás del engaño. Has arrojado tu gloria al arroyo, y todo el mundo que no puede llamarse Eugenio Moral la está pisoteando.

EUGE. *(Con un gesto.)* ¡ Ardavín ! *(Pablo Ardavín, sin asustarse, sin retroceder, sonríe apenado.)* No olvide usted sus palabras de antes : estamos hablando de hombre a hombre.

PABLO No lo olvido. Por eso creo que no debo engañarte. Hoy sabe todo el mundo que un hombre tan glorioso, tan alto como tú, vive encanallado con las caricias mentidas de una mujer tan baja como Julia Valcárcel. *(A un gesto de Eugenio.)* No, no te canses, es inútil. Sé muy bien lo que me digo y lo que me dicen.

EUGE. *(Pálido, tembloroso, acercando el rostro convulso al de Pablo.)* ¿ Usted no sabe que al que se atreva a hablarme así de Julia le rompo la cara?

PABLO *(Apartándole suavemente; muy sereno.)* No, no lo sabía. Y lo siento por ti. ¡ Tendrás que rompérsela a tantos !

EUGE. ¡ Le prohibo a usted !...

PABLO ¡ Pero no seas bruto ! ¡ No seas infeliz ! ¿ Por qué empeñarte en defender precisamente lo que esa mujer no tiene : su dignidad? Piensa que hay muchos que se creen con tantos derechos como tú y no lo hacen. Piensa que no es tampoco tu deber.

EUGE. ¡ Aquí no se trata del deber ! ¡ Me río yo del deber !...

PABLO Pues no lo hagas. Yo he sido pobre, he ganado mi sustento sobre el andamio, con el sudor de mi frente y la fuerza de mis puños, y no olvidé mi deber. He reunido después, a fuerza de sacrificios, unas pesetas, con las que empecé a trabajar por mi cuenta, ¡ y no olvidé mi deber ! Me metí des-

pués en contratas y en negocios que me han proporcionado un capital..., ¡y no he olvidado mi deber!

EUGE. Yo no debo sujetarme a la estupidez común. ¡La sociedad! ¡La familia! ¡Oh! *(Llenándose la boca de despreciativa admiración, irguiéndose después soberbiamente, rebelde y magnífico.)* ¡Pues no! ¡La sociedad, la familia, todo, que se lo lleve el diablo! Yo debo pasar por sobre todas esas miserias tan *respetables*. Es a mí a quien se debe respetar siempre, siempre, ¿comprende usted? Nadie tiene derecho a discutir mis actos. ¡Ni usted!

PABLO *(Con un gesto de impaciencia.)* No pretendo tal cosa. No pretendo más que abrirte los ojos para que puedas ver que se ríen de ti, que con esa mujer estás haciendo el ridículo.

EUGE. *(Encogiéndose de hombros.)* ¡Bah!

PABLO ¡Pero reflexiona que esa mujer no te conviene! ¡Piensa que esa mujer!...

EUGE. *(Más apenado que indignado.)* ¡Cállese, cállese! ¡Qué sabe usted de esas cosas! ¿Qué sabe usted de esa mujer? Lo que todo el mundo: que es una perdida, una golfa a merced del primero que llega. Pero es que yo no soy todo el mundo, ¿entiende? Usted no puede comprender mi pasión por esa mujer. *(Pablo Ardavín le escucha muy atento, un poco receloso, mirándole a los ojos.)* Sin Julia Valcárcel yo no sería nada. De su belleba hice mi genio. Con su cuerpo maravilloso me hizo ella triunfar. El gran escultor que hoy soy, el único, se lo debo a ella. Y todo lo debo a ella: mi gloria, mi fortuna...

PABLO *(Bruscamente.)* ¡No, no, no!... Eso de la gloria, del genio..., ¡paparruchas! Te engañas, quieres engañarte... A esa mujer no la debes nada, sino tu amargura de hoy, tu tormento... El arte, hijo mío, no tiene que ver con esas cosas... Quieres a la mujer, te gusta la mujer, su carne, su miseria, como le gustaría al último de mis jornaleros.

EUGE. *(Revolviéndose furioso, herido en lo más vivo.)* ¡No! ¡No! Usted no sabe nada, usted habla por hablar... ¡Pero esto no es verdad, no es verdad,

no es verdad! *(Con la voz ronca, estrangulada por el furor que le domina.)* Yo no puedo caer jamás en esa vileza, en ese pozo de vileza. Mi dignidad me salva de caer como los demás.

PABLO No como caería un mozo de cuerda; pero de más alto, sí, y así es más dolorosa tu caída. Y no te salva nada, nada. Ni tu gloria, ni esa dignidad de que alardeas, ni tu orgullo. Lo has perdido todo con esa mujer, con esa mujer que no es tuya, además, porque es de todo el mundo.

EUGE. ¡Ardavín!

PABLO Tan sólo podría salvarte la piedad, y también la perdiste. La piedad por tu mujer, que es mi hija. Tú, ni te das cuenta de que vive a tu lado. ¡Qué le vamos a hacer! *(Con un hondo suspiro.)* Hablaríamos, hablaríamos sin llegar a un acuerdo. Tú eres como eres; yo soy como soy: un hombre sencillo que no puede comprender, según tú, tu tormento. Es mejor que acabemos.

EUGE. *(Sombrío.)* Sí, es mejor.

PABLO Me marcho de tu casa para no volver a poner los pies en ella. No quiero reprocharte nada, y podría hacerlo. Te dejo mi hija porque ella tampoco me seguiría. Piensa, si puedes, que ella es buena, que te quiere como no te querrá nadie nunca..., ¡y que se muere! *(Mordiendo las palabras para contener los sollozos que convulsionan su pecho.)* ¡Piedad, piedad... por ella!... ¡Hija mía! *(Con un supremo esfuerzo para seguir.)* ¡De todas maneras, aun volveremos a vernos... *(Ya en el fondo, entreabriendo las cortinas.)* el día que venga por Amelia, enferma o muerta!... *(Sale arrebatadamente para que Eugenio no le vea llorar. Moral se queda un momento inquieto, nervioso, titubeando, con los ojos clavados en el fondo por donde ha desaparecido Ardavín. De pronto se decide, con un gesto violento, a irse también. En este momento le sale al paso Martín. Tiene el joven ese aire roto y lamentable del que está condenado a confesar la verdad más horrenda.)*

MART. Maestro...

EUGE. ¡Ah! ¿Eres tú? Pasa, pasa... *(Martín adelanta unos pasos.)* ¿Qué te ocurre? *(Martín esboza un gesto como para romper a hablar, pero se calla. Ante este silencio, el maestro, que, meditativo y preocupado, paseaba a grandes zancadas por el taller, se detiene ante Martín, asombrado de su mutismo.)* ¿Qué te ocurre, se puede saber?

MART. Se puede saber, sí... Cuando antes le dije que tenía que hablarle y usted no quiso atenderme...

EUGE. Sí, es que tendrías algo que decirme, ya me lo figuro. ¿Qué es?

MART. Pues que... He recibido carta del pueblo... Madre está enferma... *(Baja la cabeza avergonzado, rehuyendo la mirada escrutadora de Eugenio.)*

EUGE. ¿Y...?

MART. Y..., y yo, maestro..., ya usted ve..., desearía marcharme...

EUGE. ¿Por unos días? Me parece muy natural.

MART. *(Cada vez más pálido, más confuso.)* No sé maestro, si será por unos días... La pobre vieja está ya muy achacosa... No tiene a nadie más que a mí... Quizá no vuelva...

EUGE. *(Asombrado, en el colmo del asombro.)* ¿No volver? ¿Quedarte tú en el pueblo? ¿Y ahora, cuando empiezas a triunfar precisamente? *(Un momento, hay una gran angustia en los dos hombres. Martín tiene al pecho humillada la cabeza. Eugenio le mira, lleno de temores, de recelos.)* ¿Y qué vas a hacer en el pueblo tú, un hombre de genio, un artista?

MART. *(Con la voz tomada por la emoción que le estrangula.)* Maestro, yo... *(Se calla de nuevo. No puede seguir.)*

EUGE. *(De pronto, abalanzándose a Martín, sujetándole por las solapas y sacudiéndole violentamente.)* ¡Mientes! ¡Mientes, imbécil, canalla! *(El discípulo, sin intentar defenderse, alza la cabeza doloridamente. Dos lágrimas ruedan por sus mejillas.)*

MART. ¡Maestro!...

EUGE. *(Soltándole.)* ¡No llores, no llores, que te delatas! ¡Cobarde! ¡Huyes de mi lado y yo sé por qué: por cobardía, porque tienes miedo a traicionarme! ¡Porque no puedes resistir más, porque te vencieron como a mí, porque te han convertido, como a mí, en un guiñapo miserable! *(Acercando mucho el rostro al de Martín, mordiendo sañudamente las palabras.)* ¡Huyes de mi lado porque tienes miedo de Julia, tienes miedo de traicionarme con ella! ¡Porque se te ha ofrecido! *(Gritando de nuevo, desarticuladamente, lívido, espantoso.)* ¡No niegues! ¡No lo niegues!

MART. *(Con la voz dolorida, ahogada.)* No..., no niego...

EUGE. ¡Es terrible, terrible!... *(Desesperadamente.)* ¡Es mala, cruel, fría como esas piedras que yo domino: yo, que no he podido dominarla a ella! *(Habla exaltadamente, atropelladamente.)* ¡Se ríe de ti, de mí, de todos, de todo! ¡Qué infierno el estar sujetos a ella, a su maléfico encanto! ¡Tú, que eres joven, que eres fuerte, huyes de ella!

MART. Por usted, maestro; porque le quiero a usted, porque le respeto. Yo no debo olvidar todo lo que usted ha hecho por mí. ¡Ni debo olvidar que, gracias a usted, me queda todavía el cariño de la pobre vieja! *(Eugenio pasea, rabioso, por la estancia. Las palabras de Martín llegan a él como las voces lejanas de otro mundo.)* Con mi huída destruyo mi porvenir, todo mi porvenir. Pero con esto no hago más que cumpir con mi deber. Me marcharé, maestro.

EUGE. *(De pie en el centro de la habitación, avanzando hacia Martín, después de las primeras palabras.)* ¡No, no te marcharás, no permitiré que te marches! ¡Aquí! *(Cogiéndole por el brazo.)* ¡Aquí! ¡Conmigo! ¡A mi lado! Tú serás a fuerza que yo no tengo para dominar a esa mujer, para tenerla sujeta, ¡porque yo ya soy viejo! Ni mi dinero ni mi gloria podrían retenerla. *(Con honda angustia.)* ¡Huiría, Martín, huiría!... ¡No!

¡No te marcharás! ¡Seguirás aquí, conmigo, para que no me abandone!

MART. ¡Don Eugenio!...

EUGE. ¿Qué? ¿No me creías tan encanallado, verdad? ¿No me creías tan vil, verdad? De bajeza en bajeza, he llegado a ser un miserable. Ya, ¡qué me importa todo! ¡Sólo quiero una cosa, sólo tengo fuerzas para querer una cosa: ella, Julia, con su crueldad, con su desprecio, con su engaño! ¡Ella, que es mi martirio y mi condenación! *(Le ha vuelto la espalda. Un sollozo asfixiante, tempestuoso, desgarra su pecho. De pronto se vuelve a Martín, con un respingo, le sujeta por las solapas como hizo antes y, amenazador e implorante, acercando el rostro al del discípulo, le dice:)* ¡No te marcharás! ¡Júrame que no te marcharás! ¡Júralo! *(Se oyen unas voces atribuladas en el fondo y aparecen Amelia. Carmina y la doncella. Carmina lleva en brazos, desfallecida, lívida, a Amelia. Eugenio corre a ellas para recoger a su mujer sobre su pecho.)*

EUGE. ¡Amelia! ¿Qué es eso?

CARM. La repitió el ahogo de esta mañana, quiso venir aquí, a su lado de usted!...

EUGE. *(Que mientras hablaba Carmina se ha vuelto repetidas veces a Martín, pálido y dolorido.)* ¡Pero, mujer, por Dios!

DONC. ¡Ay, mi señorita! ¡Mi pobre señorita! *(La llevan hasta el diván.)*

AMELIA No me riñas, Eugenio, no me riñas... Temí morirme sola, sin verte...

EUGE. Pero ¿qué dices, qué tonterías son ésas?

AMELIA ¿Qué ha pasado entre mi padre y tú, Eugenio? ¿Qué ha pasado?...

EUGE. ¡Amelia, por Dios! ¡Nada! *(Amelia, mirándole a los ojos, profundamente tristes, va a hablar, pero, de pronto, resbala de entre sus brazos, presa de un nuevo ataque. Carmina y la doncella acuden en su socorro, la acomodan en el diván.)*

CARM. *(Llena de susto y de angustia.)* ¡Amelia! ¡Amelia! ¡Ay, Señor, qué pena! ¡Amelia!

EUGE. *(Inclinado sobre el cuerpo de su mujer.)* ¡ Pequeña !... ¡ Que estoy yo aquí !... ¡ Yo !...

CARM. *(Frotándola las sienes con un pañuelo húmedo, haciéndole aspirar un frasco de sales.)* ¡ Amelia ! ¡ Amelia !

DONC. ¡ Señorita ! *(Eugenio, enloquecido, corre a Martín y, en voz baja, ahogada por la ansiedad, le amenaza.)*

EUGE. ¡ No te marcharás ! ¡ Di que no te marcharás ! *(Martín, sobrecogido de espanto, deniega con la cabeza.)*

CARM. ¡ Eugenio !... ¡ Parece que vuelve en sí ! *(Eugenio, lívido, espantoso, con los ojos fuera de las órbitas, corre hacia su mujer abofeteándose y murmurando con odio, con desprecio, con asco:)*

EUGE. ¡ Ah, canalla ! ¡ Canalla ! ¡ Canalla ! *(Se cierran rápidamente las cortinas.)*

TELÓN

# ACTO TERCERO

## LA DOLOROSA PASION

Un salón en casa del escultor Eugenio Moral. Se quiebra la estructura de este salón con una manera de vestíbulo en el fondo izquierda. En el vestíbulo, que es como un rincón en la saleta íntima y confortable, hay un banco monumental del Renacimiento, con brocados rojos y maderas esculpidas, con unas fayenzas primitivas en lo alto. Las paredes, cubiertas con cuadros de mérito. Una lámpara persa, con armazón de laca y vestida de seda y pasamanerías, pende del techo. Una puerta a la izquierda. Unas cortinas de terciopelo color tabaco, caídas a los lados de la puerta que se abre al salón. Tras de las cortinas se supone una puerta vidriera, blanca, practicable.

En el salón, en el fondo, un bargueño del siglo XVII. Sobre este mueble, unos juguetes, unas estatuillas, unos puñales chinos de marfil, unas espantables máscaras de samurayes japoneses. En las paredes, sobre un alto zócalo de cuero de Córdoba claveteado de oro, cuadros de mérito del siglo XVIII: Goya, Creuze, madama Vigée Lebrun.

A la derecha, una ancha y blanca vidriera da paso al taller del escultor,

lleno de luz. A primer término de este mismo paño, otra puerta: la de la camareta.

A la izquierda, en primer término, un sofá muy bajo tapizado de pana oscura. Un sillón.

A la derecha, una mesita, con unos libros, con un manojo de flores, con una caja de cigarrillos; unas sillas. Una puerta, a la izquierda, que guía a las habitaciones interiores de la casa.

*(En el vestíbulo, Carmina y la doncella hablan sin que lleguen a oirse sus palabras. Después de un momento avanzan. Carmina, que viene de la calle, viste abrigo y sombrero.)*

CARM. Entonces, ¿es que está mejor?

DONC. No sé, no sé. Mucho me temo que no. Pero se empeñó en levantarse y no supe, no pude evitarlo.

CARM. ¿Pero y Eugenio?

DONC. ¿El señorito? No estaba en casa. Salió y no ha vuelto todavía. Desde hace unos días el señorito apenas para en casa ni en su taller.

CARM. *(Tristemente, con un suspiro.)* ¡Pobre Amelia! Vamos, vamos. *(Sale Carmina por la izquierda. Al ir a seguirla la doncella, la detiene Martín, que aparece por la derecha con aire aburrido, el blusón abierto, las manos en los bolsillos del pantalón.)*

MART. ¡Rosa! ¿Llegó don Eugenio?

DONC. No.

MART. *(Consultando con su reloj.)* Es raro.

DONC. ¿Raro? ¿Por qué? Hace unos días que el señorito vive más en la calle que en casa. *(Da unos pasos para marcharse. Martín la detiene con un gesto.)*

MART. No te vayas, mujer. ¡Estoy tan aburrido!

DONC. *(Sonriendo.)* ¿Y quiere usted mi compañía?

MART. No me disgustaría, no.

DONC. *(Un poco chula.)* ¡Vamos, hombre!

MART. *(Reteniéndola de nuevo.)* Aguarda, mujer.. *(Saca un cigarrillo, rebusca en los bolsillos después.)* No te marches. *(Después de un momento.)* ¿Tú no tendrías a mano unas cerillas?

DONC. Todas las que usted quiera. *(Vase la doncella por el vestíbulo. Martín ha cogido una de las estatui-*

*llas chinas del bargueño. La curiosea, la deja después para alcanzar uno de los puñales. Lo desnuda de su labrada vaina de marfil, juguetea un momento con él. Silba entre dientes un motivo cualquiera. Después examina con mayor atención el mango del puñalito. La doncella reaparece.)*

DONC. Tome usted. *(Le ofrece una caja de cerillas.)*

MART. *(Sin dejar el puñal, rechazando la caja de cerillas.)* Encendida, mujer... *(La muchacha enciende la cerilla.)*

DONC. *(La ofrece a Martín, sonriendo.)* Encienda su majestad.

MART. *(Después de encender el cigarrillo.)* Gracias. *(La doncella se dispone a retirarse; pero un gesto de Martín, súbitamente interesado por el examen del puñalito, la detiene.)* Oye... ¿Quién habrá roto esta figura del puñal?

DONC. *(Un poco atribulada.)* Fuí yo, señorito Martín; pero fué sin querer...

MART. Ya, ya me figuro que no lo harías adrede. ¡Qué lástima! ¿Tú no sabes que esto es una joya? *(Mostrando el puñal, lindo como un juguete, a la muchacha.)*

DONC. *(Ya respuesta del susto.)* ¡Bah! ¡El señorito tiene tantos!

MART. *(Dejando el puñal donde estaba.)* ¡Sí! ¡Claro! ¡Tiene tantos que no es muy grave romperle la cabeza a un chino de esos! *(Del interior de la izquierda llega la voz de Carmina: «¡Rosa!»)*

DONC. *(Yéndose por la izquierda.)* Perdone usted, Martín... *(Sale. Martín, al quedarse solo, después de un momento, consulta su reloj, se encoge de hombros, murmura.)*

MART. ¡Qué le vamos a hacer! *(Cuando se dispone a volverse al taller, le detiene la voz de Eugenio Moral, que aparece por el vestíbulo del fondo quitándose el abrigo y el sombrero, que tira sobre el sofá así que penetra en el salón. Está descompuesto, febril, jadeante, enjugándose el sudor de la frente.)*

EUGE. ¿Ha venido?

MART. ¿Julia? No.

EUGE. Ya me lo esperaba. *(Se deja caer en el sofá desalentado.)* Y es que no tengo ya poder para retenerla. Aprendió a burlarse de mí y esto es cosa perdida... Anteayer prometió que volvería; lo juró. Y, efectivamente, ayer no vino, y hoy ya lo estás viendo. *(A un gesto de vaga esperanza con que Martín intenta mitigar la pena del maestro.)* ¡Esto se acabó! ¡Se acabó! Lo sé bien... Sé que ella se me escapa, se escurre de mis manos como una serpiente...

MART. Pero ella, maestro, sea como sea, buscándola usted o por su propia voluntad, viene, sigue viniendo.

EUGE. ¡Porque me teme, no porque me quiera! Porque tiene miedo a negarse. Porque la he buscado y la he traído aquí arrastrándola... *(Con amargo sarcasmo.)* Yo que llegué a pensar contigo, yo que pensé que tu juventud podría atarla a mi lado... ¡Y ya lo viste, ni te hizo el menor caso ni se acuerda de ti! *(Desrrumbado en el sofá, murmura, solloza casi.)* ¡En qué cosa tan despreciable me ha convertido!

MART. *(Compadecido.)* No, maestro, no. Usted es un hombre fuerte, usted supo vencer siempre. Venza ahora también, acabe usted con esa mujer, déjela que se marche y no vuelva.

EUGE. *(Levantándose, yendo hacia el discípulo con repentino furor.)* Pero ¿qué dices? ¿Qué es lo que dices? ¡Que se marche! ¡Que yo la deje! ¡Tú estás loco! ¡No! *(Con el puño cerrado, amenazador.)* ¡No! La encontraré, la encontraré aunque se esconda en el infierno; porque nadie conoce mejor el infierno, porque vivo en él, Martín, hijo mío, ¡porque vivo en él! *(Recogiendo su abrigo, su sombrero.)* Sé donde encontrarla y voy por ella. Puedes marcharte si quieres; no te necesito. *(Eugenio, terriblemente agitado, se dirige hacia el fondo.)*

MART. *(Tímidamente.)* ¿Por qué no entra usted a ver a doña Amelia?

EUGE. *(Deteniéndose, vacilante.)* Tienes razón. Voy a ver... *(Reacciona.)* Pero, no. Después, después... *(Sale por el vestíbulo. Martín le ve marchar con*

*aire apenado. Después de un momento suspira.)*

MART. ¡Qué pena!... *(Vase hacia el taller. Un momento. Por la izquierda aparece Amelia, sostenida por Carmina y la doncella, que avanzan con infinitas precauciones. Amelia está muy pálida, con una palidez terrosa que contrasta con la blancura del «pegnoir» que la cubre. En sus ojos hay un brillo febril y malsano. Se han afilado sus manos, sus pómulos y su nariz. La sientan en un sillón. La doncella acerca una silla a Carmina.)*

CARM. *(A Amelia.)* Anda, siéntate.

DONC. *(A Carmina.* Aquí tiene usted una silla, señorita Carmina. *(Vase la doncella por el vestíbulo, al mismo tiempo que aparece Martín por la puerta del taller, ya vestido de calle. Al ver a Amelia avanza hacia ella sonriendo.)*

MART. ¡Qué alegría me da, doña Amelia, verla levantada! *(Con una afectuosa inclinación a Carmina.)* Señora...

AMELIA Gracias, Martín. Ya me lo figuro, porque sé que es usted muy bueno. *(De pronto, cambiando de tono.)* ¿Va usted a salir?

MART. Sí, señora.

AMELIA ¡Si quisiera usted hacerme un favor! Si quisiera llegarse a casa de mi padre y decirle que venga en seguida. *(Con un poco de angustia en la voz débil.)* ¡En seguida!

MART. ¡Pues no he de querer! Volveré con él. Hasta pronto, doña Amelia. Señora... *(Una ligera inclinación a Carmina. Sale.)*

CARM. ¿Por qué le llamas? ¿Le necesitas?

AMELIA No; es decir, no sé... *(Súbitamente temblorosa, abrazándose desfallecida a Carmina.)* ¡Porque tengo miedo, Carmina!... Miedo a morirme allí en mi alcoba, sola... *(Mirando con instintivo terror a la puerta de la habitación.)* Tú no conoces el horror de morir así como yo... ¿Sabes lo que es el miedo a la muerte sintiéndote sola? Es el frío de la carne, las alucinaciones... ¡Es abrir los ojos y no ver nada, como si la alcoba estuviera a oscuras! *(Lívida, desencajada, con los ojos fuera de las órbitas, abraza a Carmina con angustia,*

*cada vez con mayor angustia.)* ¡ Es sentir que te falta el aire, que te ahogas !... ¡ Que te estalla el corazón en el pecho !... ¡ Qué miedo, Carmina, el miedo a morir ! *(Escondiendo la cabeza en el seno de la amiga, rompe a llorar convulsivamente.)*

CARM. ¡ Amelia, por Dios ! ¡ Mujer ! Vamos, anda, no digas tonterías.

AMELIA ¡ Si es que me muero, Carmina !

CARM. ¡ Vaya, se acabó ! ¡ Tonta ! ¡ Si estás hoy más buena y más rica ! *(La deja llorar, acariciando su rostro, sus cabellos maternalmente. En el silencio agorero del salón óyese solamente el hipar convulso de la enferma, que se convierte a poco en silencioso llanto.)* Debes ser un poco juiciosa, hija, y evitar esos arrebatos. ¡ Precisamente hoy que has dejado la cama, hoy que te decides a pedirle a tu marido que te lleve al campo !... ¡ Vamos, vamos, mujer ! *(La acaricia como a una niña.)*

AMELIA *(Levantando los ojos.)* Sí, tienes razón. *(Habla febrilmente, incoherente.)* Eugenio es bueno, el pobre, y me acompañará y no se moverá de mi lado si sabe que puedo morirme... Allí recobrará él su alegría perdida... ¡ Porque él también está enfermo, Carmina !... *(Exaltándose, con un brillo de calentura en los ojos.)* ¡ Sí ! Quiero vivir, Carmina, quiero vivir por él... *(Con la coz como un murmullo.)* ¡ Por él, que tanto me echaría en falta después ! *(Exaltándose de nuevo.)* ¡ Qué sería de él sin mí, abandonado a esa pasión dolorosa que le atormenta y le mata !

CARM. ¡ Amelia, mujer !

AMELIA ¡ Y él me ha querido ! ¡ Me ha querido mucho !...

CARM. ¡ Chiquilla ! ¿ Quién no te va a querer?

AMELIA ¡ Me ha querido con toda su alma ! ¡ No lo sabes tú !... Papá se opuso a que Eugenio se casara conmigo. El quería para mí un hombre de su condición, no un artista... Me prohibió que le viera, llegó a encerrarme en nuestra casa de campo... Pero él venía todas las noches, y para llegar hasta mi ventana se destrozaba las manos y el cuerpo con las espinas de los rosales que se encaramaban

por la tapia... *(Después de un momento suspira.)* ¡Cómo me ha querido! *(Con la voz más baja, como un susurro.)* ¡Cómo me ha olvidado! *(Desmaya la cabeza sobre el pecho exhausto. Se cubre su rostro de una palidez terrible.)*

CARM. *(Alarmada.)* ¡Amelia! ¡Amelia! *(Aparecen por el vestíbulo don Pablo Ardavín, Martín y la doncella.)*

PABLO *(Corriendo a su hija.)* ¡Hija, Amelia!

AMELIA *(Abriendo los ojos.)* ¡Padre! No te asustes... No es nada...

PABLO *(Estrechándola en sus brazos con una gran emoción.)* ¡Hija mía! *(Un momento.)*

CARM. ¡Virgen Santísima!

DONC. *(Enjugándose furtivamente una lágrima.)* ¡Mi pobre señorita!

CARM. *(A Pablo.)* ¡Vamos a llevarla a la cama, don Pablo! Ha sido una imprudencia el que se levantara...

PABLO Tiene usted razón... ¡Anda, Amelia!

AMELIA *(Con un hilo de voz.)* Sí, como quieras... *(Martín, Pablo y Carmina la levantan exánime del sofá y vanse con ella por la izquierda. La doncella desaparece por el fondo. Ardavín, ya en el umbral de la puerta, se detiene un momento, abriendo paso a su hija. Enjuga sus lágrimas, estalla súbitamente en un sollozo la emoción que le domina.)*

PABLO ¡Se muere, Señor, se muere! *(Desaparece. Entran de la calle, por el vestíbulo, Julia Vorcárcel y Eugenio Moral. Julia se ha adelantado, sin cuidar de su acompañante, hasta el centro del saloncillo. Eugenio, después de cerciorarse con una mirada febril de que están solos, va a ella y, despojándola de la pelerina de chinchilla, la abraza.)*

EUGE. ¡Por fin te tengo de nuevo aquí conmigo, Julia! *(Así, abrazada, con una ternura infinita, obliga a Julia a reclinar la cabeza sobre su pecho. Julia le mira con sus ojos terribles, crueles, en los que, sin embargo, se enciende de cuando en cuando una chispa de compasión. Eugenio la besa en los labios con un beso sediento, extenuante. Después dice.)* ¡Si supieras cuánto y de qué manera he

sufrido con tu desaparición ! *(Julia, sin responderle, le mira a los ojos.)* ¡ Cuánto mal me has hecho ! *(Ha suspirado estas palabras con el más hondo dolor de su corazón. Pero en seguida, temiendo irritarla, agrega)*: No es que te reproche nada, no ; ¿comprendes? Es verdad que me hiciste sufrir, pero es verdad también que... *(Trunca la frase un transporte amoroso.)* ¡ Qué alegría la de tenerte aquí, en mis brazos, sobre mi corazón ! *(Julia vuelve a alzar a los ojos apasionados del amante sus ojos compasivos. Eugenio, sin soltarla, llevándola como muerta en sus brazos, la conduce al sofá.)* Tú no puedes figurarte, durante tu ausencia... ¡ qué tristeza en la casa, en el taller ! Todo me hablaba de ti, en todo estaba tu recuerdo... ¡ Julia ! ¡ Julia !...

JULIA *(Con la voz apagada, lejana.)* ¡ En todo estaba mi recuerdo !...

EUGE. Pero hoy, por fin, todo ha cambiado. Vuelvo a ser yo el de antes : el vencedor. *(Con un arranque de soberbia, de orgullo.)* ¡ Porque estás tú aquí !

JULIA *(Queriendo atajarle.)* Recuerda que si he venido ha sido, por hoy, por mañana, para que termines la obra.

EUGE. ¡ Para siempre !

JULIA *(Sin mirarle.)* No, no ; eso terminó, no puede seguir.

EUGE. *(Tembloroso, súbitamente exasperado.)* ¡ No ! ¿Por qué vas a abandonarme tú? No puede ser.

JULIA Será. Será hoy, mañana, pasado, cuando menos lo esperes tú, cuando menos lo espere yo. Sólo así nos salvaremos los dos.

EUGE. *(Levantándose arrebatado.)* ¡ Y a eso le llamas tú salvarse, tú ! ¿ Pero es que no sabes que me pierdo miserablemente si te pierdo a ti? ¡ No, no, no ! ¡ De ninguna manera ! ¡ Jamás eso, jamás ! *(Paseaba furioso ante el diván y ahora se detiene.)* Tú debes quedarte. En mí hay todo lo que puedes desear : son tuyos mi amor, mi gloria, mi felicidad, mi dinero...

JULIA *(Irguiéndose en el diván.)* Tu dinero no puede

atarme a mí. Nunca quise aceptarlo, bien lo sabes.

EUGE. *(Sombrío.)* Lo sé y me desespera. Tus lujos, tus joyas, tus perfumes, ¡qué sucia y terrible procedencia tendrán! ¡Porque con tu trabajo de modelo no vives tú!

JULIA Eso no te importa. Puedes figurarte lo que quieras. Pero mi dinero es mío, mío; no tuyo, porque el que tú me das me lo gano con mi trabajo.

EUGE. ¿Pero es que tú crees que sólo puede retenerte a mi lado el dinero?

JULIA *(Con un profundo desprecio.)* ¡Estúpido!

EUGE. *(Arrebatado, delirante, agarrándola por las muñecas y acercándola a sí.)* ¿Y mi amor? ¿Y mi carne y mi alma destrozadas por el amor tuyo? ¡Lo que yo he sufrido! *(Julia se encoge de hombros. Después, furiosa, arremete contra él.)*

JULIA ¿Y lo que yo he sufrido por ti, por tus brutalidades, por tus arrebatos? ¿Y la vida que he llevado durante estos años que estoy contigo?

EUGE. *(Retrocediendo ante la furia de la mujer.)* ¡Julia! ¡Julia!

JULIA ¡Me has atormentado con tus zarpazos y con tus caricias! ¡Te has llevado lo mejor de mi vida: mi juventud! Yo era alegre, buena... Tú me has convertido en una mujer triste, mala, odiosa... Tu amor no ha sido el refugio que yo necesitaba, sino una llamarada de celos y exasperación que me ha consumido, que me ha deshecho. *(Se deja caer, desesperada, en el sofá. Eugenio se acerca a ella.)* Sí. Quiero rehacer mi vida, quiero vivir de verdad.

EUGE. Dondequiera que vayas hallarás las mismas miserias y no hallarás nunca, en parte alguna, un amor como el mío.

JULIA Te engañas. ¿No te dije que me iba a vivir? Vivir no es ser modelo.

EUGE. *(Pálido, amedrentado, acercándose a ella implorante.)* ¡Julia! *(Cuando su voz es más trémula y más triste que nunca; cuando sus manos ya esbozan la caricia, se detiene, la agarra con sus manos, convertidas en zarpas, y venciéndola sobre el sofá,*

*inclinándose sobre su rostro, ruge):* ¡ Pero no te irás, canalla, no te irás ! ¡ No te soltaré ! ¡ No te soltaré ! ¡ Conmigo ! ¡ Conmigo ! ¡ Aquí ! *(Julia, debatiéndose del amante, ha gritado:* «¡ Si ! ¡ Sí ! ¡ Me iré ! ¡ Sí !» *Eugenio, de pronto, volviéndose al vestíbulo del fondo, suelta a Julia. Ha visto aparecer a la doncella. El artista, furioso, se dirige a ella y le pregunta con un exabrupto.)* ¿Qué..., qué hay?

ONC. *(Nada tranquila.)* El señor de Bielsa.

UGE. Que no estoy en casa. ¡ Que no quiero recibirle ! ¡ Largo ! *(La doncella se va. Eugenio se quedó escuchando, con angustiosa atención, hacia el fondo. De pronto, alarmado, corre a Julia, la coge y casi a empujones la obliga a entrar en el saloncillo del taller, entornando después la puerta.)* ¡ Pronto ! ¡ Pronto ! ¡ Métete ahí dentro ! *(Un instante. Entra don Antonio de Bielsa. Eugenio le recibe airado, agresivo.)* ¿Cómo usted aquí?...

NTO. *(Interrumpiéndole con cínica cortesía.)* La muchacha me ha dicho que no estaba usted en casa. Me felicito de no haberla creído, porque tengo absoluta precisión de hablar con usted.

UGE. *(Sin invitarle a que se siente.)* Usted dirá.

NTO. *(Enérgico, seguro.)* ¿Está aquí Julia?

UGE. *(Con un poco de extrañeza, mirándole fijo a los ojos.)* No. No está. *(Don Antonio, ya al entrar, ha visto la pelerina de la modelo sobre el sofá. Sonríe.)*

NTO. Es igual o, cuando menos, no es eso lo más importante. Yo vengo a hablarle a usted, Moral, como amigo y como caballero. Como amigo, porque, aunque usted no lo crea, le profeso una buena amistad. Como caballero, porque, a pesar de todo, lo es usted. Vengo a hablarle de esa mujer, de Julia. *(Eugenio le mira más extrañado que antes. Va a hablar. El otro le contiene con un gesto.)* Un momento, permítame usted. Como amigo, vengo a decirle que no le conviene seguir por más tiempo con esa mujer. Le hace a usted desgraciado y ella no es tampoco feliz. Si ella no le quiere, si

ha dejado ya de quererle, ¿por qué empeñarse en retenerla usted a su lado a viva fuerza? Me he enterado de que tres o cuatro veces la fué usted a buscar a su casa y la sacó de ella con amenazas, violentamente, abusando de su condición de mujer. Y eso no está bien ni es digno de un hombre como usted. *(Eugenio Moral le escucha con una atención angustiosa, una sonrisa crispada en la boca, los ojos fijos en los del otro, las manos en los bolsillos del pantalón.)* Como caballero, vengo a decirle: ¿qué derechos tiene usted sobre ella? Si ella quiere marcharse, no es usted nadie para impedirlo.

EUGE. ¿Y a usted que le importa que ella se marche o se quede, que yo la obligue a quedarse o la deje escapar? ¿Es acaso usted quien se la lleva? *(Acercándose un poco a don Antonio, pero sin descomponer su actitud.)*

ANTO. No se trata ahora de eso. Sea yo, sea otro cualquiera, usted debe dejarla. Ella es libre, libre, ¿entiende usted? *(Eugenio se pasa la mano por el rostro con un gesto de horror instintivo, retrocediendo unos pasos.)*

EUGE. ¡Cállese! ¡Cállese! *(Se arquea como un jaguar, con los músculos contraídos por la cólera, presto a saltar sobre el aristócrata.)* ¡Es con usted! ¡Es con usted con quien se va! ¡Es usted quien se la lleva, quien me la roba! *(Don Antonio quiere hablar, pero el otro no le deja.)* ¡Ladrón! ¡Bellaco! *(Con desprecio infinito.)* ¿Y es usted, miserable, quien se atreve a hablarme a mí de caballerosidad? ¿Usted, que para entrar en mi casa como un ladrón, pero sin la valentía del ladrón, se ampara hipócritamente en mi amistad, me admira y me adula como un lacayo? ¿Es esta su nobleza, su caballerosidad? ¡Usted es un canalla, un rufián! Usted se ha portado...

ANTO. *(Cuadrándose.)* ¡Señor mío!

EUGE. ¡Como un ladrón! ¡Amparándose en mi bondad, en la de mi discípulo; amparándose en la estupidez del monigote de su hijo, aprovechándolo todo

para burlarme, para traicionarme, bandido ! *(Habla entrecortadamente, arrebatadamente.)* Sí, claro. ¡ Ahora, ahora... por fin ! Su ausencia, su actitud, su despego... ¡ Ciego de mí ! ¡ Ciego de mi ! *(Volviéndose al viejo señor.)* ¡ Y ha sido con *esto!* ¡ Con este viejo asqueroso y repugnante, con este amasijo de miseria y de lascivia ! *(Pasándose la mano por la boca, como el que se ha tragado un bicho repugnante.)* ¡ Qué asco ! ¡ Qué asco !

ANTO. *(Con dignidad, pero con una dignidad no muy agresiva, poco arrogante.)* Señor mío, le prohibo a usted que siga por este camino. Yo he venido a buscar a Julia, y Julia está aquí, en su taller. Me consta. *(Con un gesto indica a Eugenio la pelerina de la modelo abandonada sobre el sofá.)* ¡ Ha mentido usted, como no miente un caballero !... Y no estoy dispuesto a salir sin ella. *(Avanza unos pasos hacia el taller.)*

EUGE. *(Deteniéndole con un amplio gesto del brazo, que le cierra el paso.)* ¿Qué es eso? ¿Qué es eso?

ANTO. ¡ Que me la llevo ! Y que quedo a la disposición de usted, ¿entendido?

EUGE. ¡ Que se la lleva ! ¡ Canalla !... *(Le coge por el cuello de la americana con un zarpazo y, a rastras y a empellones, se lo lleva por el fondo, gritando:)* ¡ Largo de aquí ! ¡ A la calle ! ¡ A la calle ! ¡ Perro ! ¡ Granuja ! *¡ Caballero !... (Desaparecen por la puerta del vestíbulo que guía al recibidor de la casa. El viejo señor se ha debatido inútilmente, sin fuerzas, ante la agresión del artista. Un momento. Suena en el interior un fuerte portazo. Cuando Eugenio entra de nuevo, aparece en la puerta de la derecha Julia Valcárcel, ceñuda, un poco más pálida que de ordinario. Eugenio avanza hacia ella. Tiene un tic epiléptico que le descompone el noble rostro y anda un poco a sacudidas.)* Has visto, ¿verdad? ¿Has oído? *(Casi escupiéndole las palabras al rostro.)* ¡ Lo sé todo ! ¡ Pero ahora vas a ver ; espera !... *(Va a las puertas y las cierra, echando la llave.*

*Julia no se ha movido del dintel de la puerta y se apoya en ella con las manos. Eugenio la coge por los hombros y, de un empellón terrible, la tumba sobre el sofá. Ella no grita, no protesta, como aceptando de antemano todos los castigos, resignándose a todo; se limita a componerse un poco el desorden del traje, del pelo. Eugenio se inclina sobre ella.)* ¡ Solos ! ¡ Solos ! ¡ Todo el mundo, para nosotros, son estas cuatro paredes ! *(Se aparta de su lado, se pasa por la frente la mano, que tiembla, agitada por la terrible tempestad interior.)* ¡ Espera ! *(De pronto, echa a correr hacia la puerta por donde desapareció el amante. A poco se oye en el interior del taller tres o cuatro martillazos y el estruendo de una mole que se derrumba. En el rostro de Julia se pinta un gesto de terror infinito. Eugenio Moral aparece, descompuesto, con los ojos desorbitados, con la boca torcida siniestramente, con el cabello en desorden. Julia, al verle, da un grito de horror y se refugia en el sofá, hurtando el rostro a la mirada vesánica del amante. Este la persigue hasta allí, la sacude, le dice:)* No es nada, no ha sido nada: mi gloria, que era mi obra última y que acabo de destruir. *(Ella se vuelve a él con los ojos espantosamente abiertos, muda, trémula, loca de pánico.)* He acabado con la obra, y así puedo acabar contigo también, que fuiste el modelo. ¡ Así puedo destruirte también ! *(Julia quiere hablar; no puede. Se agarra a las solapas de Moral.)* ¡ Habla ! ¡ Habla ! ¡ Víbora, loba, habla ! ¡ Miénteme ahora si puedes ! ¡ Engáñame ahora si te atreves ! *(Julia se escurre del sofá y cae deshecha, tronchada, de rodillas, a los pies de Eugenio. Tiembla, y la voz es un silbo ronco y entrecortado.)*

JULIA ¡ No, Eugenio, no ! ¡ No te mentiré ! ¡ No te engañaré ! ¡ Perdóname ! ¡ Acuérdate de que he sido, buena o mala, tu felicidad !

EUGE. *(Con los ojos altos, las manos aleteantes sobre la cabeza de la mujer transida.)* ¡ No, no, no !...

ULIA ¡ Acuérdate de los tiempos felices ! ¡ Acuérdate de la dicha que te di !

UGE. ¡ Calla, calla !... ¡ Que te mata el miedo !

ULIA ¡ Sé bueno ! *(Abrazándose a sus rodillas.)* ¡ Piensa que soy una débil mujer ! *(Eugenio la aparta a un lado y se deja caer junto a una silla, desesperado, desmayando sobre el asiento los brazos, y en los brazos, la cabeza.)*

UGE. ¡ Una débil mujer ! *(Julia, casi tendida en el sofá, rompe a llorar silenciosamente. Un momento. De pronto, el llanto de Julia se convierte en un sollozar cruento. Eugenio se vuelve, asombrado del milagro.)* ¡ Cómo ! ¿Lloras? Pero, Dios mío, ¿tú también puedes llorar? ¿También tienes lágrimas tú? *(Y loco, frenético, corre a ella, de rodillas, arrastrándose por el suelo, y se abraza al cuerpo de la mujer.)* ¿Y es por mí? ¿Para mí estas lágrimas primeras tuyas? ¿Para mí estas lágrimas que nunca supieron bañar tus ojos? *(Se sienta a su lado, la acaricia con una ternura entrañable. Sus palabras tienen una emoción dolorosa.)* ¡ Julia ! ¡ Julia ! ¡ No ! ¡ No llores ! ¡ Pero sí : llora, llora ; pero de alegría, porque te quiero, porque te querré siempre ! *(La besa en los ojos, en la boca, le enjuga las lágrimas. Abrazado a ella, después, se levanta y levanta a ella, dejándola sobre el sofá, sentándose a su lado.)* ¡ Corazón mío ! ¡ Perdóname, perdóname ! ¿Qué sería de mí sin ti? *(Julia, casi a pesar suyo, sonríe. Resurge en ella la mujer triunfante de antes, de siempre, aviesa, cruel, terrible. Prosigue él, loco, apasionado, meciéndola en sus brazos.)* ¡ Tú no sabes, Julia, tú no sabrás nunca cómo te quiero : con toda mi alma y todas mis entrañas ! Si te estorba mi mujer, la dejaré. Si mi arte te enoja, lo abandonaré. ¡ Lo abandonaré todo, todo por ti ! ¡ Todo !... *(En un transporte.)* ¡ Pide, Julia ! *(Julia sonríe cada vez más segura, más fuerte. Moral, murmura :)* ¿Tuviste miedo?

ULIA ¿Miedo?

UGE. De mí...

JULIA ¿De ti? Ni de nadie. ¿Por qué? *(Fría, impasible, se ha desligado de los brazos de Moral y ha avanzado hacia el otro lado, alisando con la mano el pelo en desorden.)*

EUGE. *(Dolido.)* ¡Mujer!

JULIA *(Sacando del bolso una polvera y pasándose la borla por el rostro, más atenta a mirarse en el espejito que a lo que dice.)* ¿Por qué iba a tener miedo? ¿Por tus gestos, por tus gritos? Conozco mucho a los hombres y sé que eso, vuestros gritos, sólo os sirven para que volváis a nosotras vencidos.

EUGE. *(Dolorosamente sorprendido.)* ¡Pero qué dices, mujer!

JULIA A los hombres se les amansa con una caricia o con un latigazo.

EUGE. ¡Cállate, cállate; estás loca! *(Con un débil grito dolorido, al ver que Julia recoge su sombrero.)* ¿Cómo? ¿Te marchas?

JULIA *(Fría, resuelta, poniéndose el sombrero.)* No voy a quedarme aquí todo el santo día. Te prometí venir para acabar la obra y nada más. Acuérdate. Volveré..., volveré, a no ser que te empeñes de nuevo en exigirme que siga contigo. *(Eugenio la mira alocado, con ojos estúpidos, no acertando a explicarse la audacia de la mujer. Julia prosigue, cruel, pero inconsciente de la crueldad de sus palabras.)* Es ya un hecho, Eugenio... No volvamos a las andadas, si quieres conservar algo de mí: mi amistad.

EUGE. ¡Julia, por favor!

JULIA *(Sin hacerle caso, insensatamente.)* Entre amigos, entre buenos amigos, no se riñe por estas cosas. Se tiene juicio, se comprende, ¡y en paz!...

EUGE. ¿Qué es eso? ¿Qué es eso?

JULIA ¿Pero no lo sabes? ¿No te lo ha dicho él?

EUGE. *(Con un respingo, acercándose a ella, mirándola con locura en los ojos.)* ¿Pero qué dices? ¿Qué dices? ¡Marcharte tú con esa miseria de

viejo! ¿Marcharte tú? ¿Tú? ¿Y que yo esté conforme?

JULIA (*Riendo.*) Anda, déjame.

EUGE. (*Enloquecido, apretándose las sienes con las manos, temblando.*) ¡Pero qué es lo que dice esta mujer!... Pero..., pero..., ¡ay, Dios mío! (*Con un gesto de dolor, de desesperación, de angustia infinita.*) ¿Pero cómo hablas, mujer, cómo hablas? (*Julia, que ha cogido ya su pelerina y su bolso, impaciente por terminar cuanto antes, le dice:*)

JULIA ¡Pues muy en serio, hijo!

EUGE. (*Agarrándose al sofá, lívido, convulso.*) Entonces..., ¿te vas?

JULIA (*Volviéndose a él, disponiéndose a salir.*) ¡Pues claro!

EUGE. (*Con un rugido.*) ¡No! (*De un salto cae sobre ella y, a rastras, la lleva al sofá.*)

JULIA ¡Suéltame! ¡Déjame! ¡Tú no mandas en mí! ¡Soy libre!

EUGE. ¡Tú qué vas a ser! (*Forcejean y luchan los dos.*)

JULIA ¡Yo hago lo que me da la gana! ¡Y me marcho, sí, me marcho! Antes que quedarme aquí contigo, ¡con cualquiera, con un hombre de la calle me iría!

EUGE. (*Sujetándola, con la voz ronca.*) ¡Así te conocí, fiera, dominadora! ¡Así te quise! ¡Así te quiero! ¡Así! ¡Así! ¡Yo sabré domar para siempre tu poder, tu maldad!

JULIA ¡Cuando sepas que me río de ti y soy feliz con otros, te morirás de rabia y de pena!

EUGE. (*Derribándola sobre el sofá, una pierna sobre sus rodillas, tapándole la boca.*) ¡Demonio! ¡Demonio! ¡No me pierdas! ¡Calla! ¡Cállate ya!

JULIA ¡Te aborrezco!

EUGE. (*Tapándole la boca.*) ¡Calla!

JULIA ¡No te he querido nunca, no!

EUGE. ¡Calla, demonio!

JULIA ¡Te odio!

EUGE. *(Con honda, con desgarrada angustia.)* ¡Ten piedad de mí!

JULIA ¡Te he engañado con todo el mundo!

EUGE. ¡Calla!

JULIA ¡Me dabas asco! ¡Cobarde! ¡Suéltame!

EUGE. *(Con un rugido.)* ¡Cállate! ¡Demonio! *(Sus manos, que tapaban la boca de la pecadora, se han deslizado hasta el cuello y aprietan, aprietan terribles y vengadoras, asesinas. De la garganta de Julia no salen más que gritos inarticulados, un estertor después. Se debaten sus piernas un momento. Eugenio grita:)* ¡A callar! ¡A callar! *(La suelta. La cabeza de la infeliz se troncha sobre el pecho. Eugenio, que se apartó de un salto, ahora, desde primer término, murmura, vuelto de cara al sofá, donde yace la mujer muerta:)* ¡Julia!... *(Un momento. Eugenio vuelve a gritar, más fuerte:)* ¡Julia!... *(Después de otro momento, temblando como un epiléptico, guareciéndose en un mueble, da un grito estentóreo, inarticulado:)* ¡Julia!... *(Lívido, espantoso, con una mano apretándose las sienes, con la otra el corazón, avanza muy lento hasta el sofá y cae desplomado, sobre sus rodillas, ante el cuerpo de Julia, abrazándose a él y sollozando.)* ¡Muerta! ¡Muerta! ¿Pero es verdad, Dios mío? ¿Es verdad?... *(Con honda desesperación. Levanta las manos a la altura de sus ojos y las contempla horrorizado.)* ¡Y han sido mis manos que te acariciaron!... ¡Mis manos, que te acariciaron, han podido matarte!... *(Estrujando convulsivamente con la mano derecha la mano asesina.)* ¡Maldita! ¡Maldita!... ¡Asesina! *(Se ha levantado con un gran esfuerzo, agarrándose al sofá, del que se aparta horrorizado. Se vuelve a mirar por la habitación, se fijan sus ojos en las armas del bargueño. Coge un puñal después. Murmura palabras entrecortadas. Contempla un instante el puñalito. De pronto, con una mueca de extraña alegría que irradia en su faz, tiende sobre la mesa la mano izquierda y, blandiendo*

*el arma con la derecha, la apuñala cruel, loco, desesperado, gritando:)* ¡Maldita! ¡Maldita!... *(Se contrae su rostro, se nublan sus ojos, se tambalea. Grita a la mano, herida sin piedad:)* ¡Maldita! ¡Maldita! *(Al primer grito del loco ha seguido un tumulto de voces en el interior y golpes en la puerta de la izquierda. Eugenio calla un instante. Los golpes son ya en la puerta porrazos desesperados. Cede la puerta, por fin, e irrumpen en la habitación: Pablo Ardavín, Carmina, Martín y la doncella. Ante el cuadro que se ofrece a sus ojos quedan horrorizados. Eugenio, al verlos, con un gesto de espanto en el rostro desfigurado por el horror, tiende hacia ellos la mano ensangrentada y retrocede hacia el sofá para amparar con su cuerpo el cuerpo de Julia Valcárcel. Sonríe estúpidamente. En sus ojos brilla una llamarada de alegría. Sus labios se abren para decir, con voz como un suspiro, con el aliento:)* ¡Chist! ¡Duerme!... ¡No la despertéis!... *(Suplicante, implorador, angustiado, cayendo de rodillas ante el sofá, el rostro vuelto a los presentes.)* ¡No la despertéis! Quería marcharse... ¡Ahora duerme!... ¡Duerme!... *(Se corren las cortinas.)*

TELÓN


PM